

Sumario del Número 429



NORUEGA. — <i>Carta de Mons. Fallize.</i> — Los establecimientos católicos de Christianía. — Liberalismo del gobierno noruego.	83
VIZAGAPATAM. — <i>Carta del R. P. Descombes.</i> — Una visita apostólica en tierras Khondes. — Los cristianos de Merycot. — El tigre. — Costumbres Khondes	95
ALTO NIGER. — <i>Carta del R. P. Zappa.</i> — La misión de Isselé. — Dificultades del apostolado. — Resultados obtenidos	119
DICTÁMEN DE MONS. TERRIEN, DELEGADO DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ EN LA AMÉRICA DEL SUR.	135
CRÓNICA DE LA OBRA.	144
NECROLOGÍA	157
SALIDAS DE MISIONEROS.	158



Monseñor FALLIZE, vicario apostólico de Noruega.



NORUEGA. — A travesando fjords y montañas.

Misiones de Europa

VICARIATO APOSTÓLICO DE NORUEGA

Muy raramente, á pesar nuestro, nos es dado el hablar con nuestros lectores de los trabajos apostólicos en los países de Europa, antiguamente invadidos por la reforma. Monseñor Fallize nos permite llenar este vacío. Entresacamos, pués, de un largo, interesante y pintoresco relato, que están publicando actualmente las *Misiones Católicas*, estas pocas páginas, dedicadas á las obras católicas en la capital de Noruega. Nuestros lectores no sabrán si admirar más la actividad inteligente del Obispo ó el liberalismo de de los poderes públicos.

EN CRISTIANÍA

par Monseñor FALLIZE, vicario apostólico

De modo que se pretende que á vuestros lectores les ha gustado la *Visita pastoral á Noruega* que tuve el

honor de ofrecerles en 1895, y me aseguran que desearían leer otra vez algunas páginas sobre este interesante país. Ya que tienen la amabilidad de aceptar mi prosa con benevolencia, cedo, con tanto mayor placer, cuanto que entre ellos contaba con generosos bienhechores, á los cuales quisiera darles cuenta del uso que hemos hecho de sus limosnas. Desde ahora, puedo manifestarles que, desde 1895, no se han modificado muchas cosas en Noruega y añadiré : « ¿ Os reconocéis en ello? Vosotros sois los que habéis transformado mi tristeza en alegría. »



En el Obispado. — Pero, Señores, no podemos irnos de nuestra querida residencia de Cristianía, sin haber dado una ojeada en torno nuestro. En el obispado, encontraréis á poca diferencia á los mismos personajes, á vuestro servidor, con su amable secretario, al infatigable cura de mi « catedral », con sus dos vicarios; uno de los cuales redacta al propio tiempo nuestro periódico católico y dirige nuestra imprenta, mientras el segundo está al frente de nuestra escuela superior de niños, de nuestras numerosas Uniones, de nuestro teatro, hasta un teatro, y todas esas obras pequeñas y grandes que reúnen á nuestros buenos católicos, sumergidos en un mar de 225.000 protestantes. También encontraréis allí todavía á algunos sacerdotes jóvenes, que recién llegados de su patria, aprenden en mi casa la lengua y las costumbres del país, antes de dirigirse á sus puestos, situados á veces á centenares de leguas de aquí. Aquí se forman aquellos dulces lazos entre padre é hijos, lazos que hacen la fuerza y el consuelo de los obreros apostólicos que viven aislados en este país,

mayor que Italia, evangelizado por las dos docenas de misioneros católicos. ¡Ah! ¡si leyerais las cartas que estos queridos hijos me escriben desde el fondo de la noche eterna de Laponia, desde las orillas del mar Glacial, azotado por los huracanes árticos, de los fjords que desembocan al oceano Atlántico, en el mar del Norte y el Eskagerak! Entonces sí, que comprenderíais mejor que nunca el sentido profundo de las palabras del Salmista :

+

« *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* »

Las iglesias de Christiania. — Del obispado á la iglesia de San Olaf, no hay más que dos pasos. Es muy mono, este santuario gótico, y nuestros fieles quisieran hacer de él una « catedral » digna de representar á la Iglesia católica, en la capital del país. Hace dos años que la adornaron con un magnífico pavimento de mosaico, y cuando el año pasado, estuve ausente el día de mi santo, aprovecharon la ocasión para hacerme una sorpresa, mandando revestir con mármol noruego el altar mayor.

Hay conversos que, para adornar su iglesia, hacen sacrificios verdaderamente heroicos. Por exemplo, unos



Iglesia de San-Olaf.

empleaditos se han comprometido á abandonar tanto por mes de sus honorarios y unas señoras jóvenes han vendido sus alhajas con el propio objeto, sin hablar de los que forman nuestra obra de las iglesias pobres, los que, dignos émulos de nuestros generosas bienhechoras, las damas de Lión, Munich y Burdeos, del monasterio de Berlaimont de Bruselas y otras que trabajan para realzar las esplendores de nuestro culto.

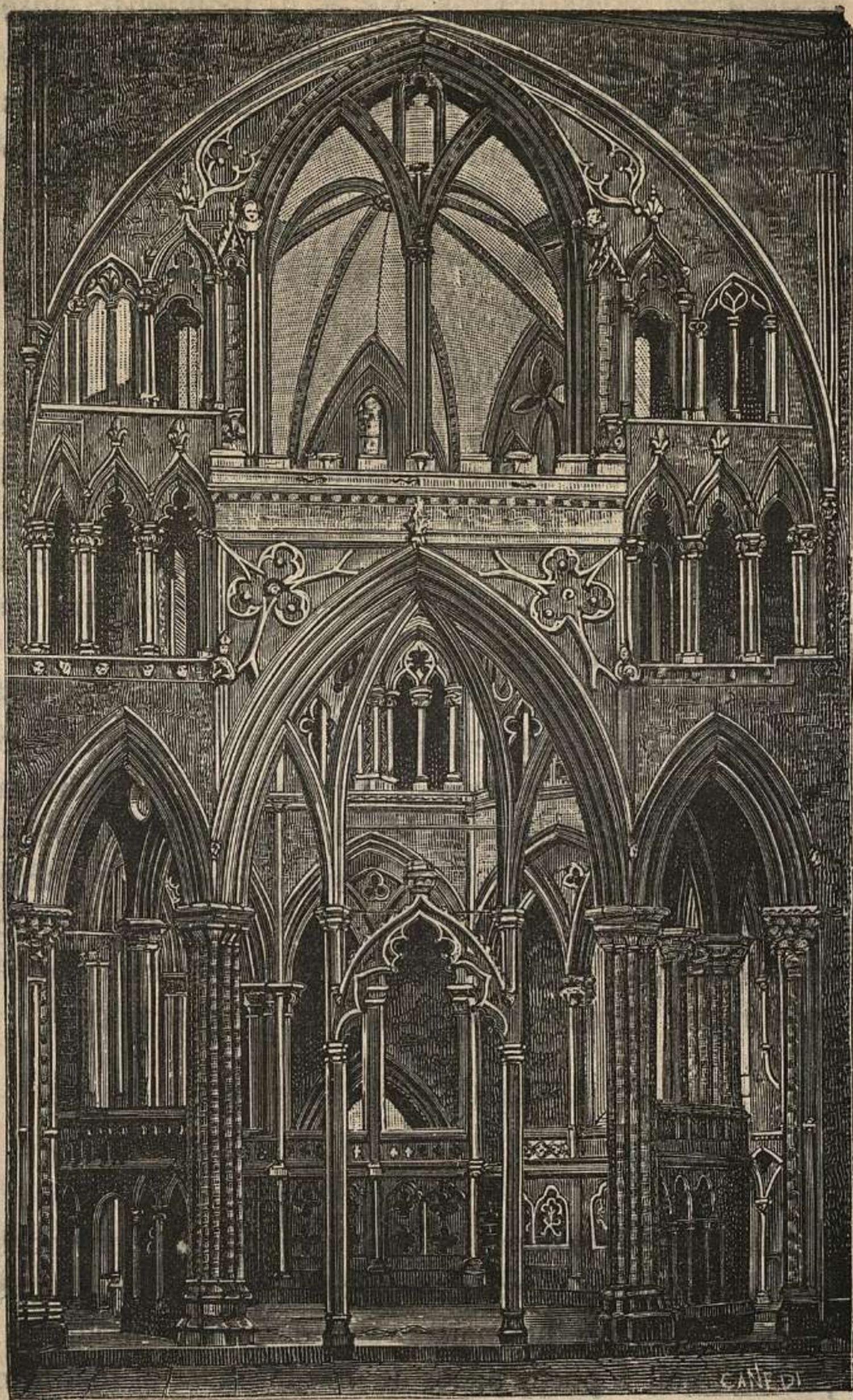


Gracias á las mismas, nuestros santos oficios atraen todos los domingos y sobre todo por Córpus, centenares y centenares de hermanos separados. La mayoría de nuestros neo-conversos nos confiesan que la belleza de dichos oficios ha sido para ellos el primer llamamiento de la gracia. Ya sé yo lo que las cuesta á estas damas de corazón apostólico, que sacrifican sus veladas, sus talentos y su dinero, para proporcionarnos á nosotros, los misioneros, todo cuanto necesitamos para celebrar dignamente los santos misterios. Pero han de saber también que les estamos agradecidísimos, revestidos de sus preciosos ornamentos, y rogamos al Pastor de los pastores que les dé una buena parte en la recompensa de los apóstoles.

Ya que estoy hablando de estas generosas cooperadoras, ¿cómo agradecer lo bastante á estas Damas, que, contestando á mi grito de ¡socorro! me proporcionan contra el frío cruel de estas regiones, vestidos para abrigar los cuerpos de mis niños? ¡Qué el Señor las recompense dignamente!



Fuera de la iglesia de San Olaf, tenemos en Cristianía otra iglesia parroquial, nueva del todo, la de San



NORUEGA. — Coro de la iglesia de San-Olaf en Trondjhem
(véase pág. 85).

Halvard, que se esconde en el patio de la rectoria, pues eramos demasiado pobres para edificar en una plaza. Pero dicha iglesia es muy hermosa y hace las delicias de nuestros católicos que viven en este inmenso barrio obrero.



Y ahora, necesitaríamos ya una tercera iglesia parroquial en Cristianía, pues, gracias á Dios, el número de nuestros católicos ha crecido tanto, que nos falta sitio, así en las iglesias como en las escuelas. Pero, ¿de dónde sacaremos nuestros recursos? ¡Son tan poco adinerados nuestros católicos! ¡Pongamos nuestra esperanza en Dios y en nuestros bienhechores.

Pero aun hay más; de cada una de nuestras dos parroquias de Cristianía depende un distrito grande como una diócesis. La parroquia de San Halvard, sola, abraza toda la antigua diócesis de Hamar, con muchas poblaciones populosas, y en toda esta región, ni un solo sacerdote; ni siquiera una capillita. Hay católicos medio abandonados y protestantes por los cuales nada podemos hacer. Pero diremos de nuevo: ¡Esperanza!



Nuestras Hermanas. — Iba á gemir, al ver todas estas necesidades, pero acompañándoos á las florecientes casas de nuestras hermanas, siento renacer mi alegría. ¡Mirad! ahí, á pocos pasos de mi obispado, el instituto de San José, que es al propio tiempo la casa provincial y el noviciado de las religiosas de Chambery, nuestro orfelinato, la casa de educación de los hijos de nuestros

católicos dispersos, y la casa-escuela para niñas, de la parroquia de San Olaf.

El noviciado, fundado hace solo algunos años, cuenta en este momento treinta y seis novicios y postulantes, dedicados á reclutar el personal religioso de nuestras escuelas y hospitales en todo el Sud-Este de Noruega asignado á esta Congregación. Estas generosas vírgenes, llamadas á predicar no con la palabra, sino con el ejemplo, nos vienen de todos los paises; al lado de las hijas de Francia veréis á las piadosas hijas de Alemania, Inglaterra, Suecia, Italia y sobre todo de la misma Noruega. Hace poco di el hábito santo á tres Noruegas jóvenes en presencia de sus parientes y amigos la mayor parte de ellos protestantes, como aquellas mismas lo eran todavía hace algunos años. No es posible decir la impresión que en aquellas almas rectas y cristianas, á pesar de sus errores, hicieron aquellas conmovedoras ceremonias.

En estos momentos, el mismo protestante adivina la grandeza de la Iglesia que sabe inspirar á sus fieles semejantes renuncia y, á estas conmovedoras escenas, Dios une con frecuencia la gracia de la conversión.



Pero tengo prisa de enseñaros otra casa de la misma Congregación, donde las Hermanas ponen en práctica los desvelos que aprenden en el noviciado; es nuestro magnífico hospital de Nuestra Señora de la Esperanza.

En 1895, este hospital solo se componía de algunos barracones de madera, estrechos, feos, malsanos, pero solicitados siempre por los médicos y los enfermos, porque la caridad de las Hermanas los convertía en paraiso. Todo el mundo, sobre todo los doctores protestantes

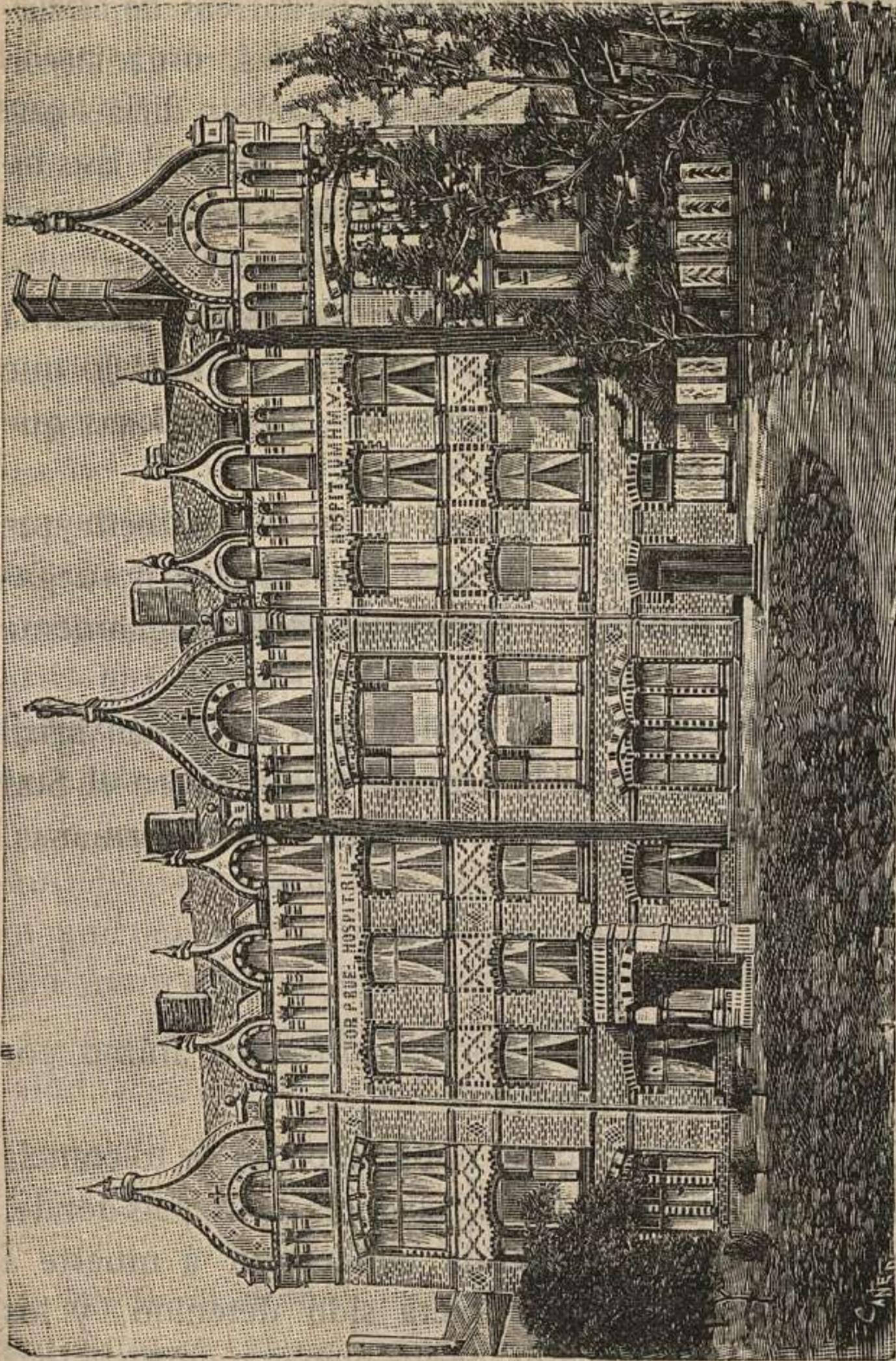
todos, nos pedían á grito pelado que reemplazásemos aquellas chozas por un hospital digno de este nombre. Se organizaron ferias para socorrer á las Hermanas, las instituciones públicas les concedieron subsidios; pero á pesar de todas estas generosidades no lograban reunir la cuarta parte de lo que precisaba para levantar un hospital que llenara todas las exigencias modernas.

« ¡Pedid prestado! nos decían por todas partes; la pensión de los enfermos lo cubrirá todo. »

Y, temblando de miedo, hemos pedido prestado; la misión ha hipotecado sus fincas por sumas enormes. Mandé trasladar el antiguo edificio de madera á 6 kilómetros de la villa, donde, bajo el nombre de *Villa de Nuestra Señora*, sirve ahora de casa de convalecientes ó enfermos dados de alta del hospicio, y de casa de campo á las Hermanas delicadas de salud y á las novicias. En su lugar podéis ver ahora en una colinita detrás del obispado, el hospital más hermoso de Noruega. Rematado por una magnífica estatua de la santísima Virgen, regalo del cónsul general de Francia, el Señor marqués d'Hericourt, domina toda la ciudad y permite á los ojos admirados el contemplar por encima los innumerables islotes del fjord y abrazar las grandiosas sierras que cierran el horizonte de Cristianía. Calefacción á vapor, luz eléctrica, salas de operación amplias y aseadas, todo cuanto la imaginación de un médico pudiera soñar está allí reunido.

Las salas y los cuartos están atestados de enfermos, desde los grandes señores y las damas de la aristocracia hasta el sencillo obrero y la pobre viuda. Los profesores de la Universidad, los primeros cirujanos del país operan en el hospital y tratan á los enfermos; y todos, médicos y enfermos, católicos y protestantes, bendicen á estas vírgenes que les han ofrecido este templo de la

caridad y estiman á esta Iglesia que les ha puesto la bondad en el corazón. ¿Y las deudas, rentas y amor-



NORUEGA. — Hospital de Nuestra Señora en Cristianía.

De una fotografía enviada por Mons. FALLIZE, vicario apostólico (Véase el texto.)

tizaciones? Ya no temblamos. Pero se necesita, sí, una economía enérgica y llamadas á la caridad, para los enfermos que no son de pago. El provenir está no

obstante asegurado con la generosidad de todos, y nuestros ruegos han sido escuchados, hasta por los protestantes.

El invierno pasado, unas Damas caritativas de la ciudad, la mayor parte de ellas protestantes, organizaron un bazar en beneficio del hospital. ¡Cuánto diríais que produjo? ¡5000 coronas, ó sea 6850 francos! Eso no quiere decir que nuestras buenas Hermanas no tengan ya necesidad de ser socorridas; pero este resultado, unido á los elogios que les son prodigados, proclama más elocuentemente que los extensos artículos lo que la protestante Noruega piensa de las religiosas que Francia, sobre todo, les ha enviado.

Por lo demás, las Hermanas de Santa Elisabeth que tienen su casa-madre en Breslau y cuyas casas noruegas están reunidas también en provincia, emulan dignamente á las Hermanas de San José.

A esta Congregación he atribuido la parte más difícil de Noruega, las regiones árticas, mientras en el Sud oeste del país encontraremos también á otras Hermanas.



En nuestro apostolado solo encontramos ánimo por parte de los poderes públicos.

¿Queréis un exemplo del noble espíritu de tolerancia de que están animados los legisladores de un país donde, hace poco todavía, se habría condenado á muerte á cualquier sacerdote que hubiera sido detenido, y los católicos se veían privados de sus bienes y desterrados?

El 16 de Abril de 1848, de vuelta de un viage, ví en los periódicos que en la segunda Cámara de Storting se ocupaban en discutir una ley que permitía la cremación de los cuerpos; los obispos de la Iglesia del

Estado consultados no habían encontrado nada en contra y los dos primeros artículos de la ley, ya votados, contenían disposiciones que hubieran agraviado la conciencia de un católico, pues permitían, por ejemplo, á un padre protestante el hacer quemar el cadáver de su hijo católico de menos de diez y nueve años de edad y obligaban á un niño católico á hacer quemar el cadáver de un padre protestante que así lo hubiera exigido en su testamento.

Inmediatamente escribí al Señor Presidente del Storting una carta, en la cual expuse mis objeciones, explicándole que la Iglesia nos prohibía so pena de grave pecado, el cooperar á una cremación y le rogaba respetuosamente comunicara mi reclamación á la Cámara.

El 18 por la mañana, el cura de San Olaf llevó la carta al Señor Presidente, al ir abrirse la sesión, para continuar la discusión de la ley. Diez minutos después mi carta era leída desde el asiento presidencial, y aunque esta intervención tardía causara formalidades muy complicadas, los artículos votados ya por el Storting fueron modificados, absolutamente como yo lo había propuesto. También tuve la satisfacción de recibir las gracias de los periódicos protestantes, por haber sido yo el solo que interviniera en esta delicada cuestión, en favor de la libertad de las conciencias.



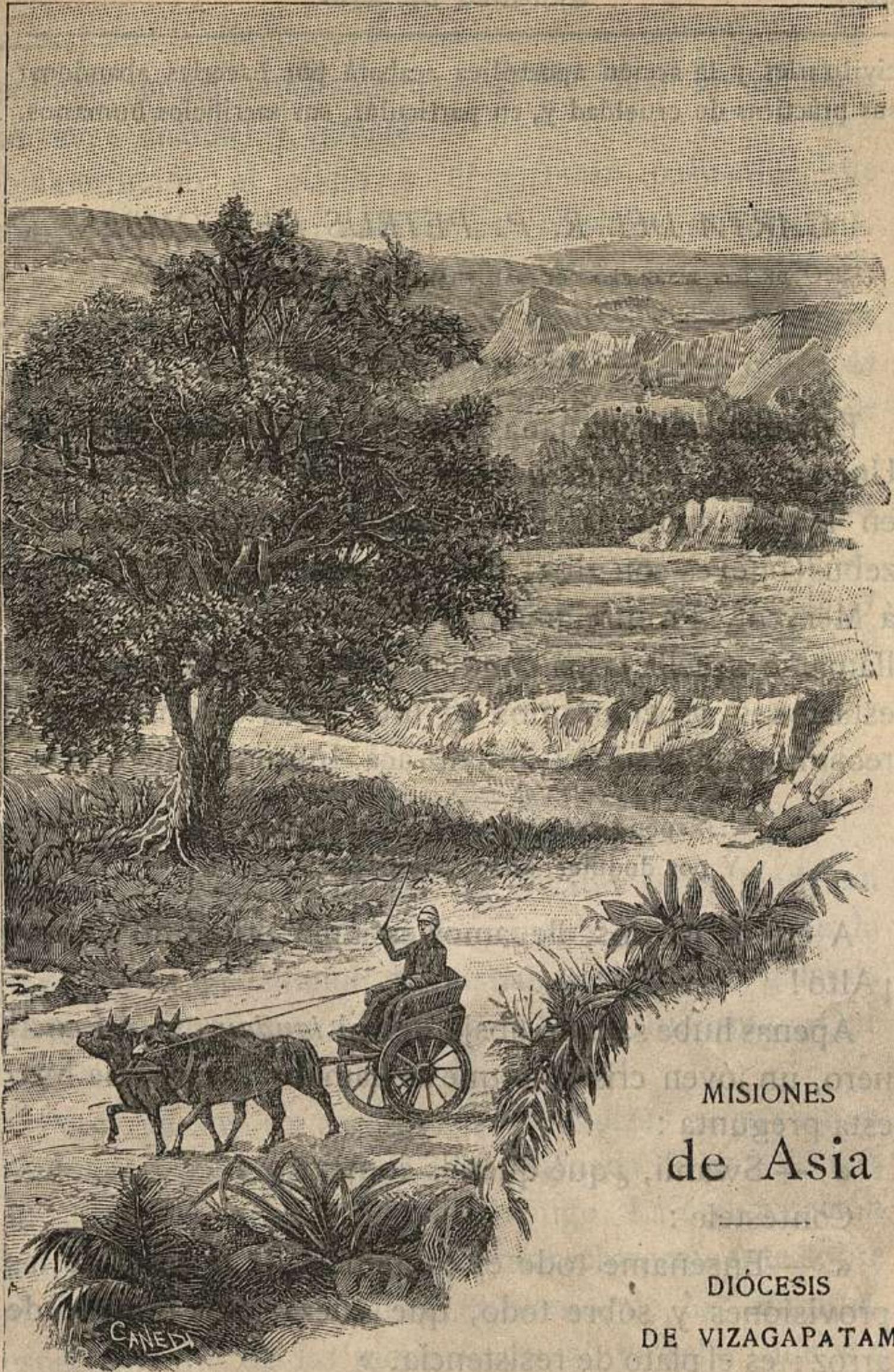
En la cuestión escolar, informó el mismo verdadero liberalismo. Nuestras escuelas católicas son absolutamente libres; en donde tenemos una, los católicos no tienen que pagar el impuesto para las escuelas públicas. Según leyes antiguas, las oficinas de beneficencia, donde preside aún el ministro protestante, tenían el

derecho de colocar muchachos pobres en las familias que podían darles una educación protestante y una Comisión usaba del derecho de enviar ora á los establecimientos especiales, ora á casa de los protestantos, á los niños católicos abandonados. Me dirigí al Gobierno y al Storting para que se hiciesen modificaciones á esas leyes en salvaguardia de nuestros derechos y tuve la dicha de ver aceptar todas mis demandas.

A veces me encuentran un tanto entusiasta, cuando hablo de mis queridos compatriotas los Noruegos. ¿Cómo no serlo, cuando se vén tales ejemplos de liberalidad de espíritu y de corazón?



Hacienda y campesinos en Noruega (De una fotografía.)



MISIONES
de Asia

DIÓCESIS
DE VIZAGAPATAM

¡ Adelante ! (De una fotografía.)

Los Khondes forman un pueblo de la India central cuya evangelización se ha confiado á los misioneros de San Francisco de Sales de Annecy. La barbarie de sus costumbres les había dado una siniestra reputación. El gobierno inglés no ha descuidado nada para

civilizarles y la acción apostólica acabará por hacerles abandonar sus prácticas de crueldad y, en particular, sus sacrificios humanos.

CARTA DEL R. P. PETRUS DESCOMBES

DE LOS MISIONEROS DE SAN FRANCISCO DE SALES DE ANNECY

Salida para Merycot.

Estamos en la mañana de un hermoso día de Febrero. Una carreta, verdadero tunel pequeño, ambulante, que en lengua india se llama *candy*, arrastrada por dos zebús (bueyes con giba), lleva mi equipage y mi persona á Merycot. Pronto dejamos la carretera, si así puede llamarse aquella larga cinta de polvo ó barro, según las estaciones, y penetramos en una senda que no ha sido recompuesta desde el diluvio acá. Inútil añadir que es.

.... pendiente, arenosa, descompuesta
Y por doquier, al sol expuesta.

A eso de las dos, llegamos en fin á orillas de un río.
¡Alto!

Apenas hube saltado abajo de mi *landau* que mi cocinero, un jóven cristiano que se llamaba Tomás, me hizo esta pregunta :

« — Swami, ¿ qué queréis comer ? »

Contestele :

« — Enséñame todo el contenido de la cesta de las provisiones y sobre todo, que cuezan un puñado de arroz ; es el plato de resistencia. »

Mientras estaba rezando « las Pequeñas Horas » á la sombra de unos mangos frondosos mico cinero improvisó un hornillo cuya extrema sencillez hace pensar en la edad de piedra. Este hornillo consiste, en efecto, en dos piedras dispuestas paralelamente y colocadas á medio palmo una de otra. Se arroja en medio de ellas un ma-

nojo de leña y encima se coloca el vulgar *tchati* (bote de tierra cocida), y ya está.

Terminado el oficio y el exàmen particular, me siento á la mesa ó, si queréis, por el suelo, en cuclillas, á la moda india; á mi derecha tengo un pedazo de carne, á mi izquierda un plato de arroz cocido con agua acompañado del indispensable tazón de *tharou* (agua de pimienta), y el tradicional jarro, lleno de agua, está de guardia delante de mí.

Por lo general, el misionero ambulante no carece de apetito...

Volvemos á ponernos en camino á eso de las tres, y después de muchos prodigios de equilibrio, llegamos á Merycot á la caída de la tarde.

Los cristianos de Merycot.

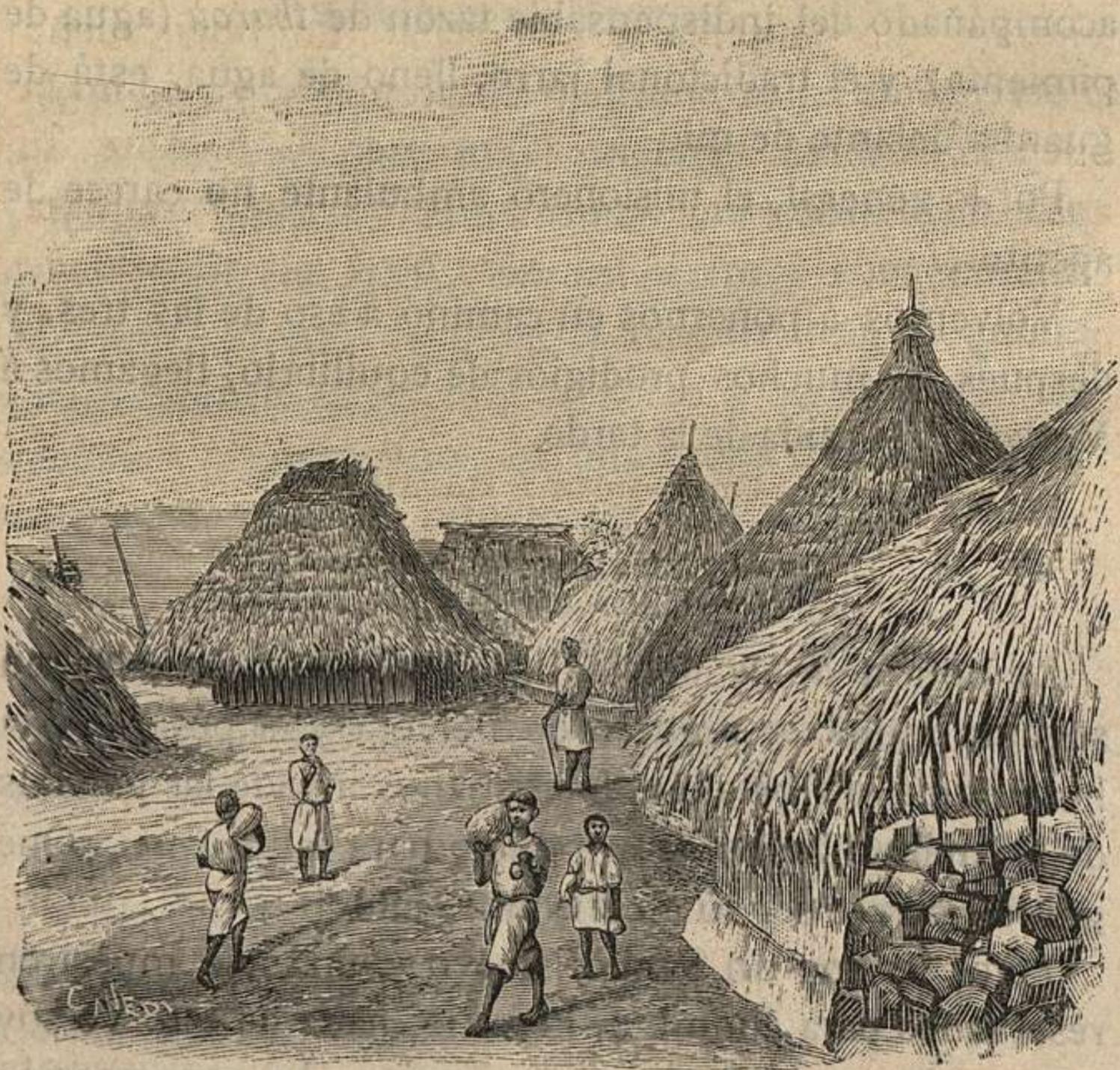
La noticia de la llegada de Swami se extiende en seguida como un reguero de pólvora y, á pesar de la hora tardía, un batallón de cristianos invade las galerías de la capilla. Todos se arrodillan para saludarme. ¡Qué grande parece ser su alegría entre ellos!

Pero, yo soy un Swami nuevo. Quizás se muestren reservados para conmigo. Pero nó, nada de eso. Yo soy su sacerdote, por lo tanto su amigo. La conversación empieza. Nos hacemos preguntas recíprocamente sobre el estado de nuestra salud. Hablamos de los difuntos, especialmente de las víctimas de las viruelas (que son numerosas), de los recién nacidos á los cuales habrá que conferir el bautismo, de los catecúmenos, etc... Todos me prometen ser fieles y asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Al decirme: « ¡Benedicidnos Padre! » « ¡Yo os bendigo! » contesté y se levantó la sesión.

Como ia mayor parte de las poblaciones indias,

Merycot es un montón de chozas arrimadas unas á otras. Sus callejuelas estrechas son un hormiguelo de niños desnudos, perros sarnosos, gatos, gallinas, etc.

El barrio de los cristianos es miserable. Numerosas chozas están abiertas á todos los vientos. En el techo de otras muchas, hay mas agujeros que paja, de modo



Un pueblo khonde (De una fotografía.)

que por allí entran á sus anchas los rayos del sol y las gotas de la lluvia. ¡Ah! si no fuera menester más que ser pobre para ir al cielo, os aseguro que nuestros Merycotanos obtendrían las mejores plazas. Escucho sus quejas. Algunos de ellos me hacen derramar lágrimas pués suelen repetir: « ¡Padre, no tenemos nada que comer, nos morimos de hambre! » En muchos casos

exageran quizá, pero ¡ay! muchas veces es cierto. Esos Panhos no poseen tierras y tienen que trabajar á jornal y, por consiguiente, vivir al día si están colocados.

Cada día lleva consigo su arroz,

pero si no encuentran trabajo, en lugar de la comida tendrán que contentarse con echar un buen sueño. ¡Pobre gente! Les consuelo como puedo y, como las buenas palabras ayudan á soportar el hambre sin aplacarla, les doy una limosna, pero ¡qué mezquina! proporcionada á mi bolsa, pero no á sus necesidades ni tampoco á mi corazón.

Una visita á Cardji.

« — ¡Salam, Babu! (¡Buenos días, señor!)

— ¡Babu, Salam! (¡Señor, buenos días!) ¿Quién sois?

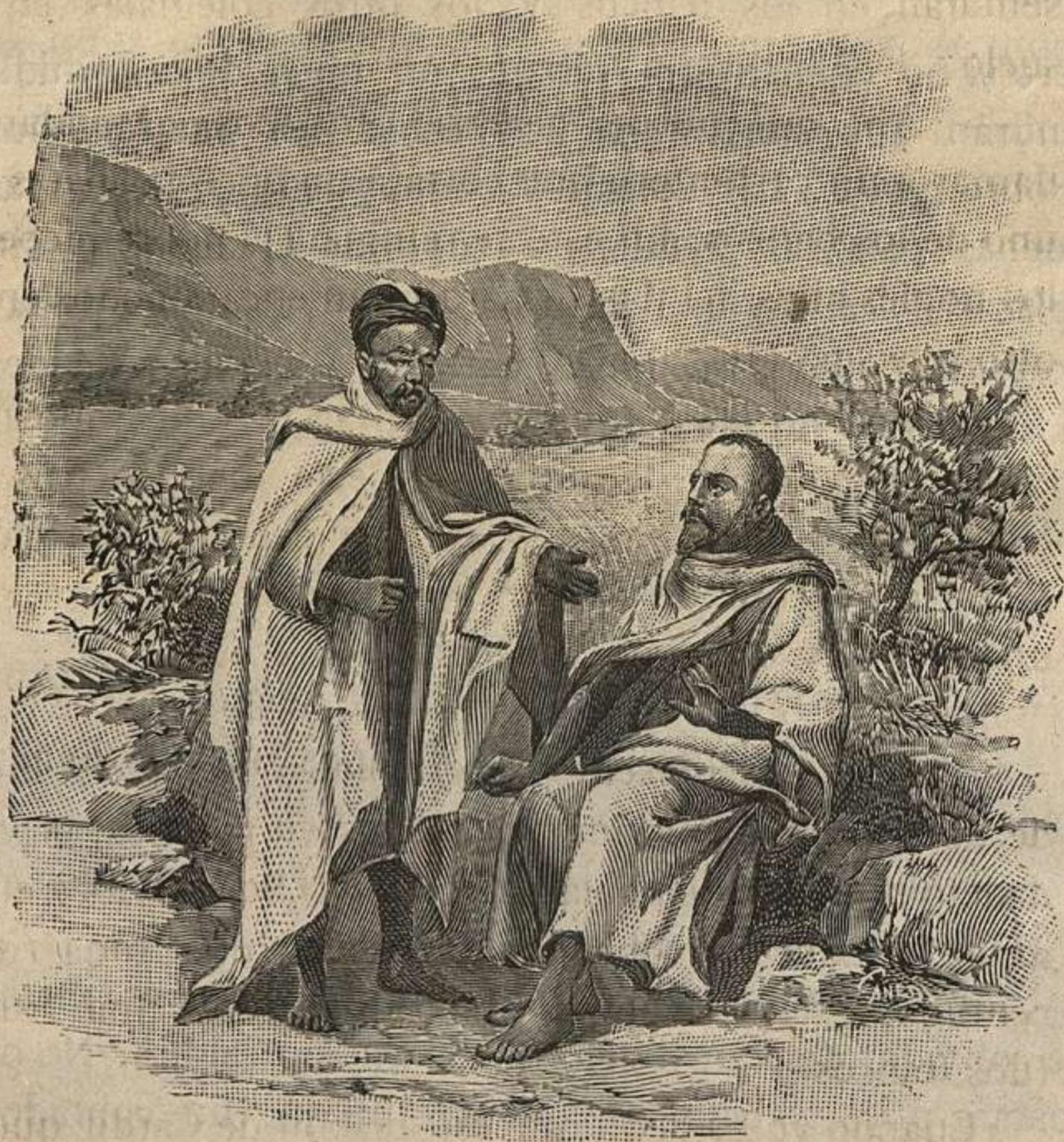
— Somos el Cardji de Merycot!

Ha dicho *somos*; vá á ver algo nuevo.

Un *cardji* es un juez de paz minúsculo, con ribetes de cobrador de contribuciones del mismo calibre. No os costará pués trabajo en convenir en que un cobrador de contribuciones siempre es un personaje, y su visita no deja de emocionarnos, aún en la India. El de marras es un anciano. No le queda más que la muela del juicio. Va vestido con mucho aseo, paño y turbante irreprochables. Además lleva pasado al cuello el cordón de los brahmas. Observo en su frente el tridente del Indio y en su rostro un aire de pícaro devoto, dos cualidades que para un brahma, lejos de excluirse, se dán la mano. Todo lo cual era poco tranquilizador para mí. ¿Si vendrá á pedirme dinero? ¿si querrá habérselas con-

migo? eso me extrañaría muchísimo. Entretanto nos dirigimos infinidad de epítetos laudatorios.

« Swami, exclamó de repente, tenemos hijos, deseamos mandarlos á vuestra escuela.



Jefes khondes (De una fotografía.)

— Nada tan fácil ; sus puertas están abiertas á cuantos quieran ingresar en ella.

— No es tan fácil como lo suponéis. Nuestros hijos son hijos de Cardji.

— ¿Qué más?

— Para ellos exigimos una sala especial...

— Si queréis edificarla, no hay inconveniente; sino, no puedo concederos la demanda.

— Se me ocurre una idea, exclamó rascándose la oreja. En vuestra escuela tenéis dos bancos.

— Justamente.

— Pues bueno, es muy sencíllo. Nuestros hijos se sentarán en los bancos y los otros colegiales en el suelo.

— ¡Ah, nó! puede hacerse otra cosa. Mandaréis llamar à un carpintero que cortará un poco las patas de uno de los bancos. En este se refugiará la pobre plebe, y los nobles hijos del ilustre Cardji irán encaramados en el otro que siga intacto.

A pesar de toda mi buena voluntad nos fué imposible encontrar solución definitiva. En este dichoso país, el tener contentos á todos es un don especial que todos no poseen. Antes de despedirnos, mi visitante me regaló una gallina y una gota de leche.

Acepté.

¡Ah! de esos presentes *libera nos, Domine!* El Indio de natural astuto, ignora, al menos en práctica, el verdadero sentido de la palabra *Caridad*. Solo conoce el *do ut des*. Traducción libre : « Os regalo una anna (diez céntimos), servíos en cambio atorgarme una rupia (dos francos).

¡Cuándo yo os decía que ese bribón de Cardji quería habérselas con mi bolsa!

En marcha para Solima.

Nuestros Merycotanos han cumplido su deber pascual. He tenido que trabajar de firme para meterles en la memoria oraciones y catecismo, que habían olvidado... un poco. En marcha ¡pués para Solima. Pero esta vez á pié.

De Merycot á Solima la distancia no es grande ; de 5 á 6 millas (8 á 9 kilómetros) cuanto más. No obstante, este viage era muy penoso de ejecutar. La senda, que lo es de cabras, nos llevó primero atravesando campos, y luego se hundió serpenteando en la selva y acabó por fin al pié de la montaña, que tuvimos que escalar. Empieza la ascensión. Vamos andando, ora entre piedras rodadas, ora sobre hojas muertas y resbaladizas, mientras las ramas de los árboles nos azotan el rostro y las zarzas destrozan nuestros vestidos. De cuando en cuando encontramos un precipicio, pero poco profundo en general.

Por fin, ya estamos en Solima.

Solima.

La capilla de Solima, por su sitio encantador, me hizo pensar en los *chalets* de nuestros Alpes. Como aquellos, está adosada en el flanco de la montaña. Asentada sobre un enorme peñasco á la sombra de un gigantesco baobab, pero aquí, na hay ganado; los grandes bosques reemplazan los pastos. Mis vecinos más próximos son el tigre, la pantera y el oso, sin contar esas bandadas de malditos chacales, que os dán gratis conciertos, á los cuales soy muy poco aficionado, sobre todo durante la noche. Espero pues que no me llamaréis miedoso si, en medio de tal vecindario, quiero por la noche, antes de acostarme en mi estera, hacer constar *de visu* que las puertas de mi palacio están herméticamente cerradas. Mi primer cuidado, al llegar á una nueva estación, es el inspeccionar nuestros edificios. Muros, tejados, vigas y remaches, puertas y ventanas, todo es pasado en revista minuciosamente. ¡Cuál no fué mi sorpresa al ver en

Solima un lienzo de pared por el suelo! Adivinad quien fué el autor del desaguizado! Un oso. Un enjambre de abejas había elegido su domicilio en el hueco de aquel muro algo resquebrajado, y nuestro goloso no halló cosa mejor, para apoderarse de la miel, que el derribar la pared.

Contamos en Solima con cerca de doscientos cristianos. Ahí, como en Merycot, he recibido la más benévola acogida. ¡Ay! también en dicho punto las viruelas han barrido muchas cunas y hecho muchos huérfanos. Ahí también la despiadada miseria es permanente.

En los alrededores hay un buen puñado de cristianos que convertir. Gracias á Dios que no pertenecen á la legión de los Brahmas, como nuestro ilustrísimo Cardji; por eso me han parecido muy dispuestos á abrazar nuestra religión. Los ancianos me han declarado sin embargo que no poseían la menor *hudi* (inteligencia,) y para ellos sería un gran trabajo el aprender las oraciones. Que se consuelen; Dios no exige nunca lo imposible. Por eso no pediré que se hagan doctores en Sorbona antes de bautizarles. Cuando se ha mefido el *Padre nuestro*, el *Ave María* y algo más de catecismo en semejantes cabezas al menos se es bachiller... en paciencia.

El fuego en las montañas.

Durante mi estancia en Solima, he podido gozar hasta la saciedad de una escena grandiosa, me refiero al incendio de las montañas. Semejante espectáculo es poco conocido en Francia. Nuestros Khondes lo ofrecen aqui todos los años á todos los aficionados.

La misma tarde que llegué me pareció observar unas enormes volutas de humo diseminadas acá y acullá en

los flancos de las colinas que están allá abajo en el fondo del valle, sumergidas en la bruma. Parecían infinidad de volcanes en erupción. A la caída de la noche las nubes de humo se convirtieron en inmensos torbellinos de llamas de forma muy fantástica. Aquí era un caudaloso río que rodaba olas de oro líquido hasta la llanura. Allí, una cinta de fuego apretando un picacho de vegetación tupida, daba la impresión de una descomunal corona. Las llamas avivadas por una fuerte brisa se dispersaban, luego se reunían otra vez hasta que las montañas enteras se convertían en inmensos braseros.

Permanecí, hasta muy entrada la noche, contemplando este espectáculo único en el mundo. Era bello, os lo aseguro, pero visto de cerca perdía todo su encanto, toda su poesía. He aquí la prueba :

Al día siguiente, un ruido singular se oyó durante todo el día. Parecía como si estuviesen rompiendo todas las ramas que cubrían el bosque.

Queriendo salir de dudas me metí entre los árboles, y apenas había recorrido un centenar de metros me hallé delante de una ancha cinta de fuego que iba devorando los pequeños arbustos, la yerba seca, y la leña. Si duraba media hora más mi *chalet* iba ser destruido. ¿Qué hacer? ¿Pedir socorro? esto es lo que hicimos mi catequista, mi cocinero Thomas y un servidor de ustedes, con toda la fuerza de nuestros pulmones. Acudieron nuestros Pahnos, y en menos de dos horas, todo quedó apagado y, gracias á Dios, no pasó de un susto.

¿Cómo explicar estos incendios? He preguntado la razón de eso, muchas veces, á nuestros Indios. Unos me han contestado : « Al pasar por el bosque alguno habrá echado su *Kali* (cigarro) á medio apagar y con ayuda del viento el incendio se ha declarado » Otros,

con algún barniz de ciencias físicas, atribuyen esos fuegos anuales al roce de los bambús secos y agitados por la brisa. Otros, en fin, y creo que estos últimos tienen razón, os confiesan ingénuamente que si nadie se prestase á pegar fuego á las montañas, habría que abandonar el país. Las fieras destruirían pueblos enteros; gentes y animales serían presa del tigre.

Ya sé que esta última opinión dista de ser aceptada por los oficiales de la administración de los bosques, pues es una prueba irrecusable de que los naturales se ríen de su vigilancia.



He hablado del tigre. Este rey de las selvas abunda aquí. Si alguna vez váis á Surada y tenéis ganas de hojear el registro de los muertos, con frecuencia leeréis esta mención en la casilla reservada á las observaciones : ¡devorado por el tigre! Entre otros citaré un ejemplo : dos Panhos del llano fueron á pasar algunos días en país Khonde para trocar su arroz por el azafrán de estos montañeses. Terminados sus negocios pensaron en volverse á Surada. Por el camino, mientras descendian los flancos abruptos de una montaña, uno de ellos se separó algo del sendero, el otro siguió despacio su camino esperando á su compañero. Como este no viniera después de algunos instantes, nuestro hombre le llamó dando gritos. Nadie contestó, y temiendo una desgracia volvió atrás en busca del Suradin perdido, pero ¡ay! solo sirvieron sus pesquisas para hallar un turbante y un paño ensangrentados. El compañero no estaba ; en un momento se apoderó de aquellos girones manchados de sangre y huyó á todo correr. A su vuelta

á Surada su primera diligencia fué la de entregar aquellas prendas á la madre de la víctima, repitiendo mal de su grado las palabras de los hermanos de José á su anciano padre Jacobo : « ¡Una fiera ha devorado á vuestro hijo! »

Kutruka. Los Khondes.

Heme aquí [en pleno país Khonde. Hasta ahora el recibimiento dispensado al Swami ha sido cortés, hasta muy benévolo, pero los Khondes, tribu de niños grandes que no hacen nunca las cosas á medias, me acogen con entusiasmo, — es una verdadera ovación. — Figuraos unos grandullones de bigotes canosos, que al ver á lo lejos la sotana blanca de su *Abba* (Padre) se precipitan á mi encuentro. Ya cerca de mí, se ponen de rodillas y me ruegan les bendiga; luego, como por encanto, el cortejo se organiza, abriendo la marcha un batallón de aquellos montañeses y cerrándola otro batallón, los demás se colocan á mi lado y por el camino vamos conversando.

« ¡Hijos míos! ¿sabéis bien vuestras oraciones?

« — ¿Cómo hemos de saberlas tan bien, si venís á visitarnos tan rara vez? En vuestra ausencia lo olvidamos todo. Si somos ignorantes, no es culpa nuestra, sino muy vuestra. »

¡Y decir que mi interlocutor tiene casi razón! Una corta defensa *pro domo*, quizá no sea inútil aquí.

En la misión de Surada tenemos cerca de tres mil cristianos diseminados entre unas treinta poblaciones. Estas se hallan situadas á distancias muy respetables unas de otras y se comunican entre sí, por medio de

sendas que son casi siempre verdaderos despeñaderos. Además, durante la monzón que dura de Junio á Noviembre, sería demasiado imprudente para un misionero jóven, que no esté aclimatado á este clima mortífero, el aventurarse en las montañas, verdaderos focos de *malaria*. Solo nos quedan ocho meses para visitar á nuestros numerosos catecúmenos y explorar los pueblos paganos de los alrededores. Aún, para que mi cálculo saliese exacto, debiera deducir otros dos meses, durante los cuales las calenturas nos fuerzan á guardar cama, felices, cuando logramos salir del paso á tan poca costa.



Añadiré una palabra sobre el tipo khonde. Asi como nuestros *panhos* pudieran clasificarse de zancudos, el khonde al contrario, es un hombre regordete y bien formado. Sus facciones son regulares; su fisonomía casi inteligente, la adorna generalmente alegre sonrisa. Su color es café con leche. Por todo vestido lleva un paño del que deja colgar una punta por detrás. En cuanto á los niños, han de contentarse con un simple cordón, del que pende un cascabelito. A falta de peine, el khonde recoge su cabellera en forma de grueso moño arrollado encima de la oreja derecha. Si sus cabellos no son bastante tupidos pone remedio á ello, atándose algunas trézas de pelos arrancados de la cola de una vaca; ese moño es una verdadera curiosidad. Además de una población muy densa, contiene agujas, pinzas, algunas espinas de armadillo, un peine de madera, dos ó tres cigarros, etc., todo ello rematado por un pájaro raro,

Las khondesas son algo vanidosas y para hacer resaltar sus gracias, se hacen pintarraजार. Hay que añadir á eso, que hombres y mujeres khondes, se arrollan alrededor del cuello, una infinidad de collares de



Tipos khondes (De uua fotografía.)

vidrios de colores y así tendréis una idea del físico de estos semi-salvages.

Otra particularidad. Todos los khondes fuman, es una regla general. El cigarro, ó mejor, un poco de tabaco arrollado en uno hoja de árbol, está reservado solo para los hombres. Las mujeres han de contes-

tarse con la pipa, una pipa enorme, con hornillo de cobre y un tubo por mango, que al menos mide dos palmos de largo, y cosa increíble, no es raro el ver á estas amazonas que para postres pasan su pipa á la boca del nene que están amamantando, ¿no es esa una educación más que espartana?

El khonde es conocido de cien leguas á la redonda, por su franqueza irreprochable, y también por su jovialidad. De naturaleza salvaje, no abandona jamás su choza sin ir armado en guerra. Si tenéis ocasión de encortrar á uno de viaje, le veréis siempre provisto de una hacha y de un arco con flechas emponzoñadas.

Si acaso tenéis que pasar por uno de los pueblos de estos pieles rojas de la India, donde aún no os conocen, todos los khondes presentes se eclipsarán como por encanto. La mayor parte treparán por la colina más próxima y allá, acurrucados, detrás de un seto, os espigarán con todo el cuidado de que son capaces. Los demás, se encerrarán en sus chozas y no seréis recibido más que por los perros y los cerdos. Y aún, estos, no dejarán de protestar.

El khonde pasa por ser rencoroso y cruel; tanto, que si su ódio ó su interés lo exige, hace menos caso de la vida de un hombre que de la de un animal. Además, todo khonde que se estima en algo, tragará todos los días si tiene medios de hacerlo, cinco ó seis litros de jugo de palmera. ¡Ay! la perfección es una planta demasiado delicada para que pueda crecer al sol ardiente de las pasiones y de los vicios indios.



Pero volvamos á nuestro sujeto. Kutruka es el nombre que se dá á dos pueblos que lo mismo que su

vecino Eperma, son enteramente cristianos salvo una sola familia. Su jefe, un verdadero Hércules, discípulo de Epicurio, vá en pós de todos los placeres posibles. Un día le pregunté porqué no había seguido el ejemplo de sus vecinos y no había recibido el bautismo como aquellos.

« No es culpa mía, respondió, cuando vuestro antecesor enseñaba á rezar, yó asistía con regularidad á las instrucciones. Un día me preguntó sobre el número de las personas de que constaba mi familia. Primero, díjele, soy yó y luego mis dos mujeres y...

« — ¿Cómo? ¿dos mujeres? harás bien en rebajar una de este número. »

Al negarme á ello, me ordenó que saliera de la capilla y me fuí. ¿Qué hacer?

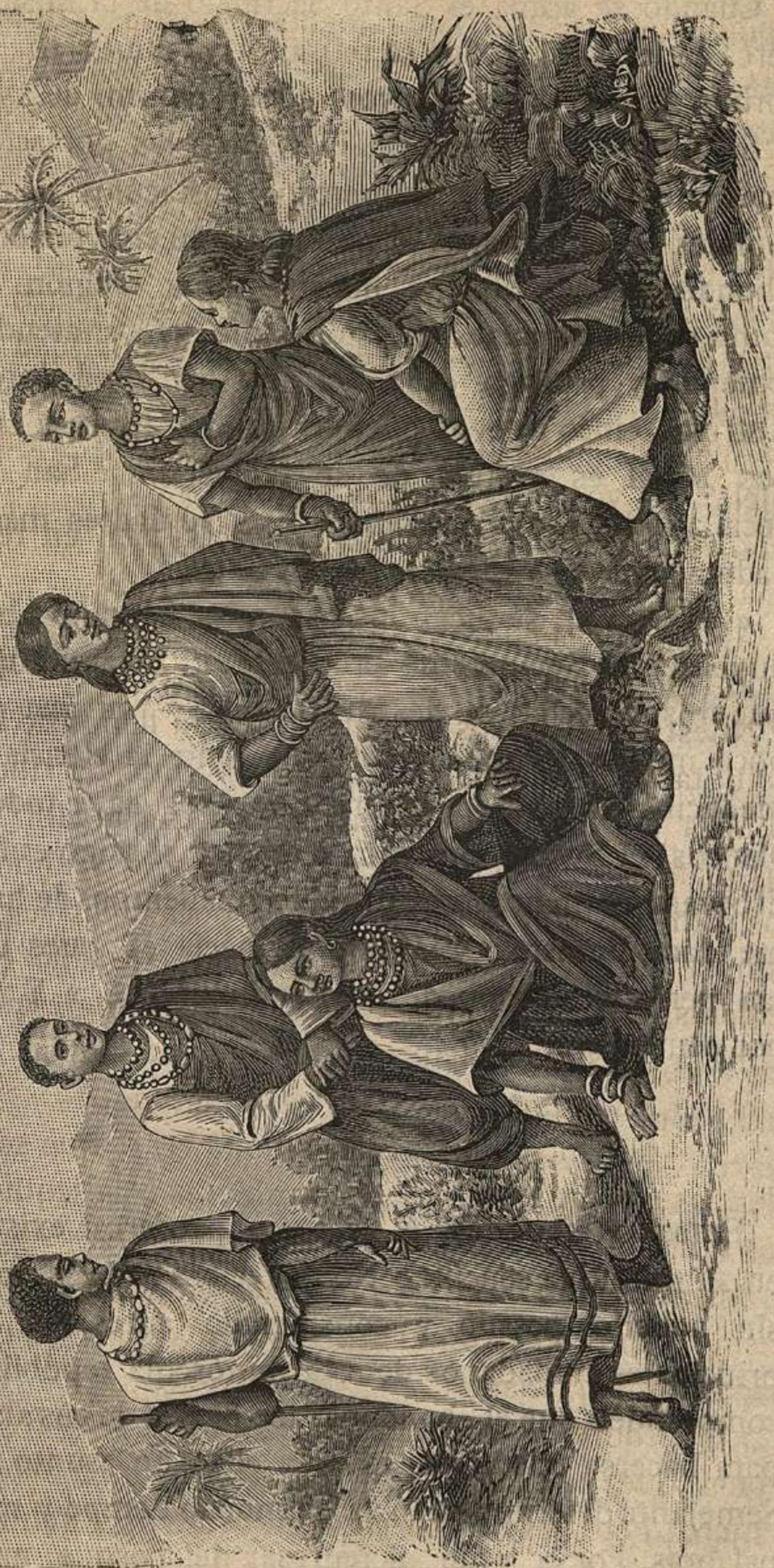
Nuestros cristianos de Kutruka están llenos de buena voluntad, su fidelidad en asistir al Santo Sacrificio de la Misa y á las instrucciones me ha encantado. Todas las mañanas á eso de las cuatro, khondes y khondesas los primeros con el cigarro en la boca y las segundas con la pipa, con un chiquillo ó dos á caballo en sus caderas, trepaban por la colina en cuya cima está enca-ramada nuestra capilla, como un nido de águilas.

« — ¡Padre, estamos aquí! me dijeron.

« — ¡Bueno, hijos míos! Vamos á ver; ¡ que se guarden las pipas y á rezar! ¡ Las mujeres á la izquierda y los hombres á la derecha. ! »

Mientras se rezan las oraciones y se repite el cate-cismo, confieso á un cierto número de personas, avi-sadas desde la víspera.

¡ Qué duro trabajo es la instrucción de estos cora-zones que permanecieron sin cultivo durante un año entero! Pero la sencillez con que esta pobre gente cum-ple con su deber, hace olvidar muchas miserias.



Khondes católicos (De fotografías.)

Cuando se acaba el Santo Sacrificio de la Misa, son cerca de las diez. Todos se retiran y yo almuerzo. Unos sorbos de café y dos huevos, componen mi desayuno.

Se reserva la tarde para la visita á las poblaciones, pués á pesar de los numerosos obstáculos físicos y morales que obstruyen el camino de su conversión, los khondes desean abrazar nuestra santa religión. Aquí como en todas partes, el catolicismo va cundiendo. Se extiende y propaga cada día. En los alrededores de Kutruka, cinco nuevos pueblos quieren hacerse cristianos ¿Cuál es motivo de su conversión? San Pablo decía : *Prius quod est animale*. Esta verdad es más verdadera aquí, que en otras partes.

« El Swami, se dicen los paganos, es un hombre influyente. El Swami, me protegerá. El Swami impedirá que mis cosechas se destruyan. El Swami que es un poco médico (porque, para esta gente la ciencia de la medicina es un don natural que Dios dá á todos los blancos) el Swami me dará remedios si caigo enfermo. El Swami es un hombre caritativo ; en tiempos de hambre me dará limosna. Vamos pués hácia él, pues un ser tan perfecto solo puede enseñar la verdad. » Y vienen por centenares.



Entre los khondes, el régimen patriarcal existe aún en su primitiva sencillez. No se verifica nada importante sin haberlo pesado y considerado antes, el jefe y principales ciudadanos de esta minúscula república. Ya comprendéis que el abandonar los dioses de sus abuelos, para hacerse cristianos, es para ellos un asunto grave. Semejante determinación exige mucho tiempo y muchas palabras. Por la tarde, al regresar del bosque, nuestros

« padres de la patria » se reúnen bajo un árbol y allí, sentados alrededor de un buen fuego, mientras la copa de jugo de palmera circula de boca en boca, « juegan á los diputados ». Se interpelan, levantan objeciones; unos á favor, otros en contra de la nueva religión. Finalmente, después de numerosísimas sesiones el acuerdo es un hecho; se harán cristianos. El maestro de escuela más cercano está encargado de borronear una petición firmada por todos los gordos de la casta, en la cual suplican al Swami, en nombre de toda la población, que tenga á bien recibirles entre el número de sus discípulos.

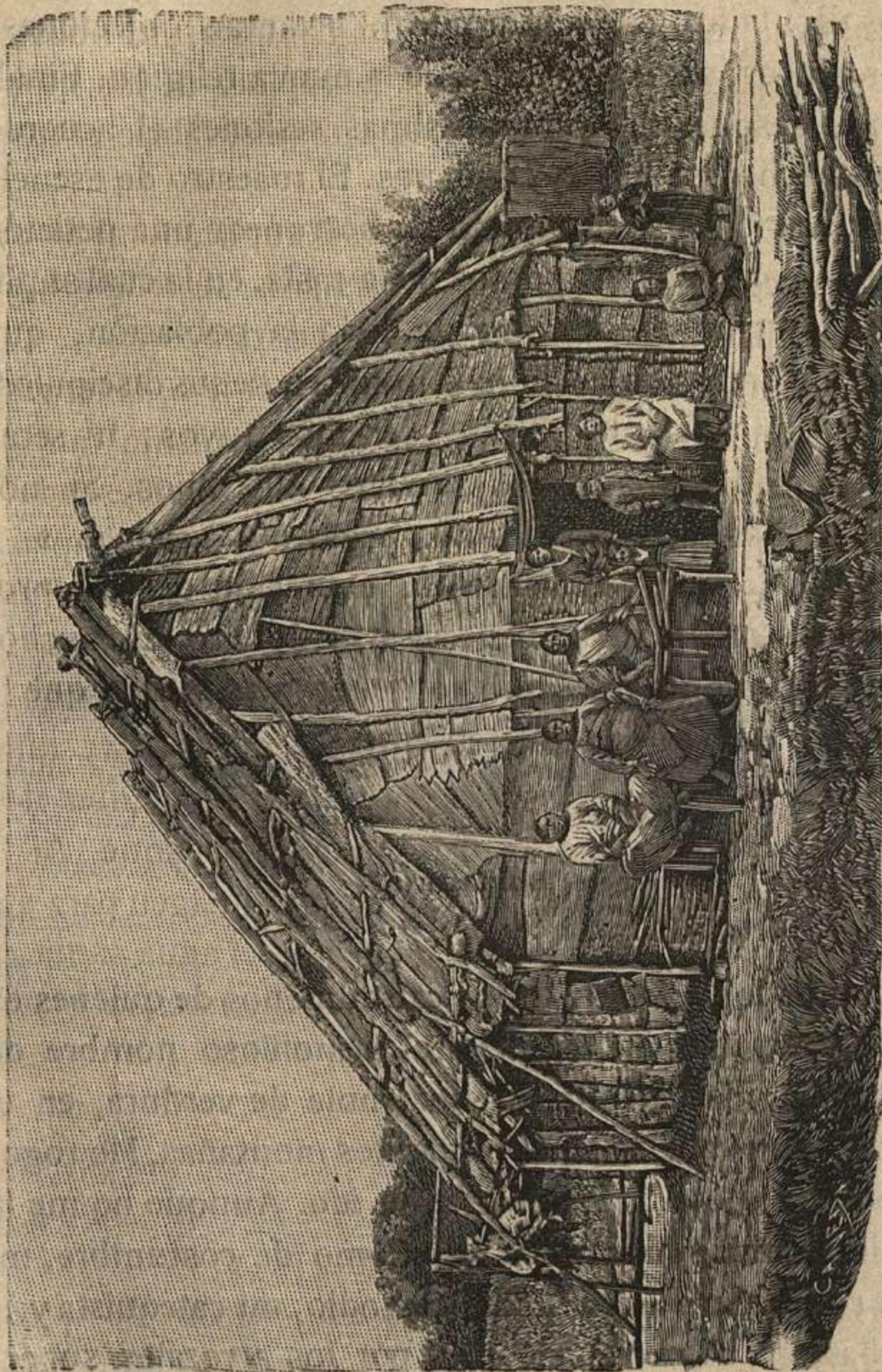
« — En adelante, dicen, seremos tuyos; tu serás nuestro padre y nosotros seremos tus hijos. Si nos castigas, nos castigarás; si nos pegas nos pegarás. »

Esta es la frase empleada; la expresión del compromiso que toman, para obedecer al misionero. Es mucho, para estos montañeses que no tienen más bienes que la libertad, pero que la quieren entera.

Boroguda.

Uno de los pueblos de los catecúmenos de quienes os he hablado más arriba, lleva el armonioso nombre de Boroguda. Está oculto en una mole de verdura, en el fondo de un valle encajado entre dos montañas. Me rogaron que fuera á visitarle y he ido. Aunque no me la hubieran dicho habria ido allí. Como de costumbre, mi solo compañero es mi angel custodio, mi catequista y... mi bastón. Primero andamos por los arrozales superpuestos y separados entre sí por verdaderos muros de fortaleza, que han debido exigir trabajos ciclópeos. Al cabo de una hora veo dos líneas de tejados sostenidos por estacas redondas hundidas en tierra. Esta colección de

guardias, es Boroguda. Perros y cerdos rompen la música é improvisan un concierto en mi honor. Ya lo



VIZAGAPATAM. — Tepécó cabaña india hecha con cortezas de árbol.

esperaba. En la población ni un hombre; nada más que las viejas y los chiquillos. Estos se balancean en una tela atada por las cuatro puntas á una viga del techo.

Mientras el catequista grita y se desgañita llamando á los borogudinos que se vén allá arriba, encaramados por las peñas haciendo leña, me senté en una piedra á la sombra de una palmera. Por fin contestaron, nuestros montañeses se deslizaron con la rapidez de los monos y reunimos pronto una junta. El catequista abrió el fuego pronunciando un discurso.

« — El año pasado, dijo, habéis suplicado al Swami (mi antecesor) que viniera á enseñaros su religión, entonces teníais intención de haceros cristianos y...

« Y aún la tenemos, interrumpió el jefe, la tenemos todos. Todos queremos andar por el mismo camino. Todos necesitamos el mismo verbo y la misma senda. »

Y he aquí que una docena de nenes y nenas empiezan á recitar en idioma khonde, sin equivocarse, el *Padre nuestro*, el *Ave Maria* y el *Credo*.

Yó estaba en mis glorias, os lo aseguro. Luego se convino que en adelante, hombres, mujeres, y niños concurrirían á las oraciones, por la mañana antes de ir al trabajo y por la tarde al regresar del bosque. Al fin de la *monzón*, volveré con el catecismo-imágen para alegrarles el espíritu y los ojos, y pronto, el agua santa correrá por sus frentes y la santa Iglesia, nuestra madre, contará ciento cincuenta hijos más.

Misionero rajah.

Hablaros de mi visita á los demás pueblos de catecúmenos y católicos sobre, todo sería repetir inútilmente el mismo estribillo. En todos he observado una dosis de buena voluntad poco común. Si, no obstante, tuviese que dar un premio de sobresaliente en esta materia, pronto habría hecho la elección ; Domboguda se llevaría

la palma. Ese es un pueblo de sesenta casas, situado en el centro de un bonitísimo valle.

Pero ahí ¡ cuántas dificultades ennegrecen el horizonte! En estos parajes calificaron de socialista á mi antecesor... Yó también tuve el honor de habérmelas con el « *Manager* » del Rajah de Bodogodo. Fuí tratado de intruso, de sembrador de discordias. A darle oídos se diría que no he ido á Domboguda más que á ordenar á sus pacíficos habitantes que no paguen los impuestos y no proporcionen brazos para obras públicas.

Otro jefe, que aún no hace dos años solicitaba hacerse cristiano, pero que, intimidado por un jefe superior, se ha convertido en mi peor enemigo, me ha hecho también algunas de esas jugarretas.

Me ha condecorado con el título de « *rajah suplantador del rajah de Bodogodo* » ¿Qué idea tendréis de un rajah que no tiene por todo reino más que una bolsa grande... vacía?

Parece que el día que yo bautice á nuestras gentes de Domboguda, tendremos fogatas de alegría que encenderá este famoso jefe. Las casas de los cristianos pagaran las costas... Ya veremos.

Para coranamiento, la fiebre ha venido á sorprenderme en mi choza. Me consuelo fácilmente de todos estos disgustos de la vida, pensando que esta es la moneda con que se compra un billette de primera clase para el Cielo.

El regreso.

A los primeros días de Abril, volví por el camino del llano. Gracias á mi catequista, cometí entonces una imprudencia de la que no tengo la más mínima atrición.

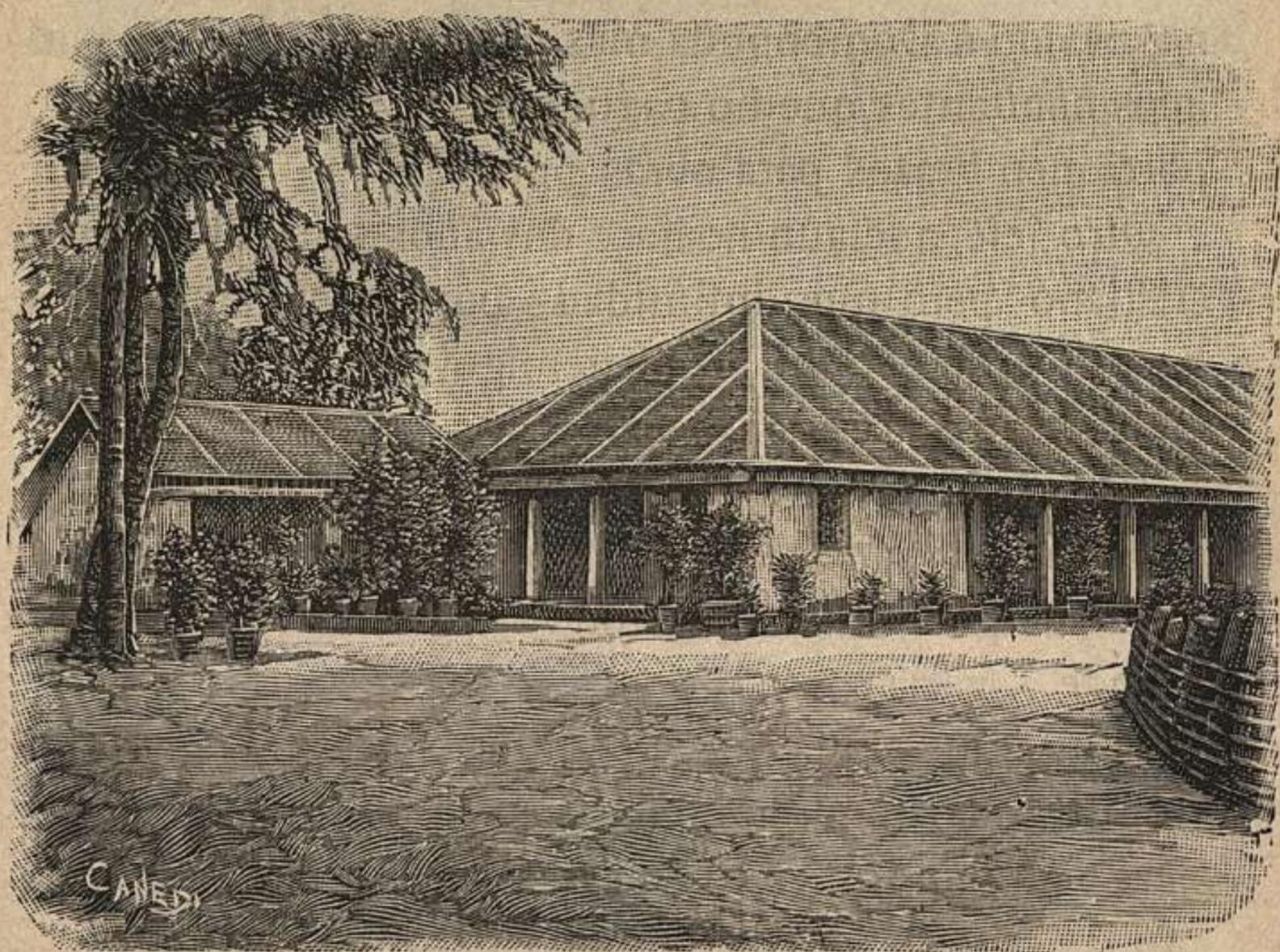
Al marchar, el catequista se me acercó con aire misterioso.

— ¡Padre, que calor!

— ¡Ah! no me hables de ello.

— Por la noche la claridad de la luna es hermosa.

— ¡Qué me importa! Por la noche duermo.



Residencia apiscopal de Mons. Clerc. (De una fotografía.)

— Si que importa, pues podríamos viajar de noche. ¿Piensas en ello? ¿y los tigres?

— Los khondes nos acompañarán armados con sus hachas y sus arcos de flechas y ademas cada uno llevará una antorcha en la mano.

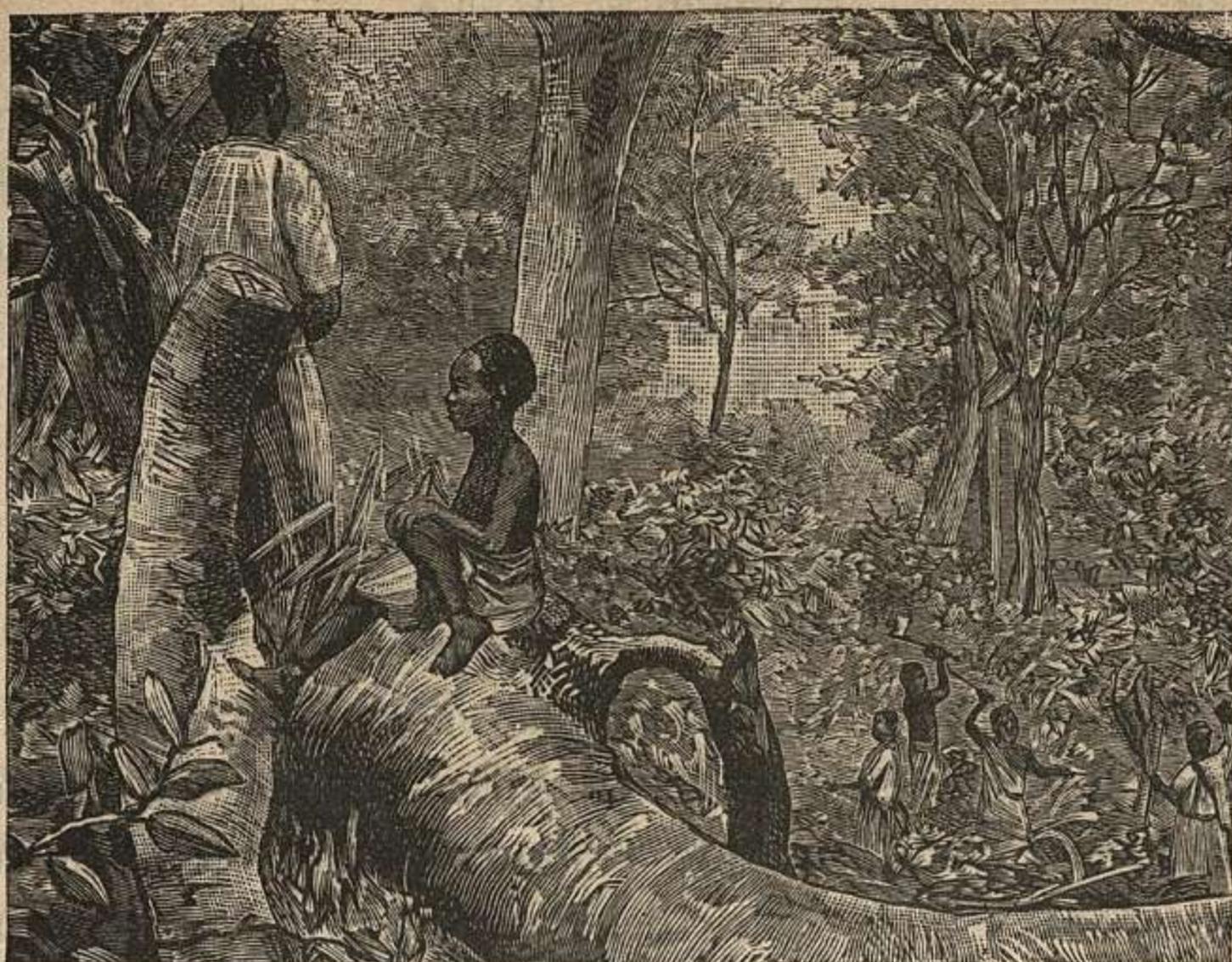
— Bueno, probemos...

Audaces fortuna juvat!... Nos aventuramos en plena selva, cerrada la noche. Para colmo de fortuna, aún no estábamos más que á medio camino, cuando una de

las suelas de mis zapatos creyó oportuno el tomar la tangente. En fin, á eso de las seis llegabamos á Surada después de cinco semanas de ausencia. Por lo que toca á tigres, no encontramos más que ...algunos gallos y gallinas de bosque que tomaban el vuelo al acercarnos.

Algunos días después, empecé una nueva compañía que apenas se ha acabado estos últimos días. Ahora, espero el término de las lluvias y entre tanto hago el Cura : Bautizo, caso y entierro.





Principios de las obras de construcción de la Misión d'Isselé.
(De una fotografía del R. P. ZAPPA.)

Misiones de Africa

PREFECTURA APOSTÓLICA DEL ALTO-NIGER

Es una de esas misiones laboriosas donde la muerte viene á interrumpir tan á menudo las obras apostólicas. Ultimamente, la bella estación de Alla, que prometía tantas esperanzas, fué destruida por pandillas de ladrones y el R. P. Zappa nos ha contado las peripecias dolorosas de este desastre que anonada la obra de tantos años de trabajos. Hoy el piadoso misionero está en Francia y antes de volverse á su lejana y querida misión, nos manda la carta siguiente, tan conmovedora en su encantadora sencillez.

CARTA DEL R. P. ZAPPA

DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LIÓN, PREFECTO APOSTÓLICO

La benévola acogida dispensada por vuestros lectores á mis narraciones, me anima á daros aún algunas noti-

cias. Hablaré de mi misión, de nuestras dificultades, de los resultados consoladores que nos ha enviado Dios y del plan que conceptuamos más favorable al desarrollo de nuestras obras. La realización de este plan depende, después de Dios, de las almas generosas.

I. — Dificultades.

Durante unas vacaciones que mi salud, alterada por diez años de permanencia en Africa, me ha obligado á pasar en Francia, he sido testigo muchas veces de la extrañeza, por no decir del desaliento, que producen (hasta entre las almas celosas é ilustradas) la lentitud con que se obtienen los resultados en nuestra obra de evangelización, y el tiempo considerable que se invierte, á veces, entre la fundación de una misión y la época en la que nos es dado recoger por fin algunos frutos. ¿Qué dirían, si como nosotros, tuviesen á la vista, aquellas tumbas tan numerosas y recién cerradas donde descansan tantos misioneros, cuya juventud y cuya vida ha devorado tan prontamente este clima inhospitalario? Para nosotros, expuestos á cada instante á sufrir la misma suerte, ¡oh! ¡qué bien comprendemos el precio que pone Dios á la conversión de esta raza caída!

Las supersticiones seculares y arraigadísimas en el espíritu de este pueblo, supersticiones degradantes que han rebajado á estos negros al último nivel de la humanidad, son un primer y grandísimo obstáculo á la propagación de la fé cristiana.

Costumbres totalmente opuestas al Evangelio, tales como la esclavitud, los sacrificios humanos, practicados aún abiertamente en nuestras tribus, la promesa de la venta de la esposa, la poligamia, la poliandria, admitida

hasta legalmente y á veces impuesta por los feticheros, sin contar otras costumbres legales que la pluma se niega á escribir; otra piedra de escándalo que no puede quebrarse más que con un trabajo largo y paciente.

La ignorancia en que está el misionero tocante á esas supersticiones y costumbres, cuando llega por vez primera en medio de una nueva tribu, la dificultad por lo tanto de descubrir un punto en donde tendrá que fundar una enseñanza tan extraña para estos negros; por encima de todo la ignorancia de la lengua indígena, que le coloca por largos meses al principio de una fundación, en la imposibilidad absoluta de ejercer su apostolado de una manera inmediata y le reduce á no poder comunicar con su pueblo más que por medio de un intérprete, en la mayoría de los casos un niño, todo son obstáculos para nuestro trabajo.

En fin, el color de nuestro rostro, la diferencia de nuestra raza, diferencia que aunque inspira temor no logra de golpe ganar la confianza, provocará de parte de este pobre pueblo, cuyos ojos no se han vuelto nunca hacia el cielo, esta última respuesta, este ultimátum contra el cual viene á estrellarse toda lógica: « Tú eres blanco, yo soy negro; estos preceptos de que nos hablas no pueden ser guardados más que por vosotros que sois unos espíritus. A nosotros, el Gran Espiritu nos ha dado los fetiches. »

Añadid á eso las fiebres palúdicas que están minando continuamente nuestra salud y se llevan á veces al obrero justamente en el instante en que había llegado con su experiencia á hacer más ó menos eficaz su trabajo, y tendréis un cuadrito sombrío pero bien exacto, de las graves dificultades que entorpecen el desarrollo de nuestra obra.

II. — Resultados consoladores.

Dios, que conoce nuestra debilidad, y que no quiere



Una catequista de Ibu.
(De una fotografía.)

que nuestro desaliento se abra paso entre nosotros, no deja de prepararnos felices sorpresas y grandes consuelos. Como esos rasgos de su Providencia son propios á satisfacer á las personas cuyas limosnas nos permiten ejercer nuestro apostolado, es justo que después de haber hablado de las dificultades, diga tambien una palabra de los resultados obtenidos y verán con placer, como del medio de este fango, Dios sabe escoger los diamantes que adornarán un día la corte celestial.

Al principio del año 1895, á una hora muy avanzada de la noche, me estaba paseando cerca de la residencia porque el calor no me dejaba dormir, cuando ví á un hombre que estaba dando vueltas en torno de la casa, le

invité á que se alejase, se plantó delante de mí en actitud hóstil y cuando quise levantar la voz para repetir

mi orden, alzo el largo cuchillo que los negros suelen llevar en una vaina grosera, suspendida á un cinturón. Tuve la suerte de que las gentes de la misión habían oído nuestro breve altercado y obligaron á huir al merodeador, á quien conocieron. Pronto fué olvidado este incidente.



Pasaron dos años, una noche por la misma senda, al lado de la casa, dos hombres á favor de las tinieblas se deslizaban por las yerbas, para ganar el camino que vá de la factoría á la villa de Ibu situada al norte de Alla. Uno de los hombres era el famoso merodeador, su paso de fiero no plegaba siquiera la yerba de la senda; en la mano llevaban un cuchillón recién afilado: ¿á dónde iban? nadie se atrevía á preguntárselo.

Al día siguiente por la mañana, en la plaza de Ibu, el rey del país, rodeado de su pueblo, exhalaba su dolor salvaje dando desafinados gritos, jurando por los ídolos de su familia que no volvería á acostarse en su estera antes de haber vengado la muerte de su hijo, que había sido hallado asesinado en el bosque, camino del río. El gobierno se ocupó de este asunto, pero por razones conocidas entonces solo de la Providencia, uno de los dos asesinos fué detenido y le castigó la justicia; el miserable murió, sordo á la voz del misionero. Por una feliz inconsecuencia de la justicia humana, el otro asesino llamado Ofiri, mi agresor, no fué molestado en manera alguna.



Otro año pasó; llegabamos á los primeros días de Setiembre de 1898; una mañana, después de la Santa Misa, algunos cristianos vinieron á avisar al Padre de la estación que un hombre de mala cara se había permitido penetrar en la capilla. El misionero no les hizo caso ¿Quién puede conocer los caminos de Dios? Aquel criminal tan temido, con razón, en la población, no paró ahí. Al día siguiente se le vió otra vez arrodillado dentro de la iglesita. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿que estaba pasando en su corazón? Dios solo, y su ángel custodio pueden saberlo. Llegó el domingo y á la vista de los cristianos y catecúmenos maravillados y con gran consuelo del Padre, mi Ofiri volvió á presentarse en el dintel de la iglesia, se arrodilló otra vez ante el Santo Tabernáculo, escuchó por vez primera las enseñanzas sencillas y sublimes de nuestra santa religión. Solo faltaba que se acercase al Padre, y aquel mismo día lo verificó suplicándole tuviera á bien enseñarle el camino que conduce á Dios. Ya podéis imaginaros con que alegría el misionero empezó á desempeñar tan dulce tarea, cultivando con cariño la planta salvaje que Dios le confiara.

Sobrevino entonces el formidable golpe que con la destrucción de esta misma estación de Alla, por poco destruye para siempre jamás todos nuestros trabajos y nuestras más bellas esperanzas. La noche del 3 de Octubre, los padres y las religiosas se vieron obligados á abandonar precipitadamente su residencia, y el día siguiente unas hordas furiosas que venían del interior, robaban y saqueaban nuestra hermosa casa, no quedando

de ella más que un montón de ruinas. Durante tres meses, á pesar de todas nuestras tentativas, nos fué imposible ver, ni siquiera de un modo pasajero, los restos de nuestra querida estación. Pensábamos con angustia en la suerte que habría cabido á nuestros cristianos y á nuestros catecúmenos sobre todo; ¿si habrían perseverado? ¿se acordarían de las enseñanzas que habían recibido? Nos turbábamos sin razon, pues Dios que todo lo puede por si mismo, aunque á veces se digne servirse de los hombres, operaba entre tanto maravillas que habían de llenarnos de júbilo al reanudarse la estación.



Después de tres meses de espera, el superior y yó, volvimos por fin al solar de la misión; á la caída de la tarde llegamos en medio de las ruinas; mandamos despejar un lugar cerca de un lienzo de pared agrietado, y allí, á la brillante luz de las estrellas y delante de la mirada paternal de Aquel que las creara, pasamos los más bellos instantes de que pueda gozar el corazón de un misionero, pues habiéndose corrido la noticia de nuestra llegada, vimos á todos nuestros catecúmenos, que venían unos tras otros, por grupos, se nos acercaban y se sentaban en torno de alegre fogata y saborcábamos el placer de oírles contar á cual mejor con los rasgos más sencillos, de que manera siguieron siendo fieles á las enseñanzas recibidas mientras duró el tiempo de prueba. Todos los domingos, en efecto, no dejaron de reunirse ora en casa de uno, ora en casa de otro, para rezar el rosario y demás oraciones, procurando hacer todo lo posible para reemplazar los santos oficios de la Iglesia. Uno de ellos, el primer cristiano, les había

dirigido siempre una breve exhortación á permanecer fieles, rezar por el regreso de los misioneros y tener esperanza en el porvenir.



Nuestro interesante catecúmeno también estaba presente aquella noche. El Padre de la estación me lo designó, pues yó no le había visto después de cuatro años y estaba deseoso de saber en que disposiciones se hallaba.

« Padre, estoy al cabo de mis fuerzas, me contestó; he arrojado todos mis ídolos y los que mi padre me dejara al morir. Si los buscas con la vista en mi cabaña no encontrarás ninguno; las medicinas con sangre de animales sacrificados, tampoco están allí, he roto los frascos que los contenían arrojándolos al campo en torno de mi casa. Los árboles que el fetichero había consagrado alrededor de mi choza delante de los cuales ofrecía la kola y depositaba el yeso, los he talado todos, pues el Padre me ha enseñado á rogar á Dios que está en lo alto, rezando el *Padre nuestro*. Pero entonces la cólera entró (en el vientre) en el corazón de toda mi familia y de todos los de mi barrio; mi mujer no me miró más. Por el mismo tiempo, mi hijito, el único que su madre llevara en su seno, cayó gravemente enfermo y pareció como si fuera á morir y como yo me negara á matar unos gallos para que curara, el furor de mi familia no conoció límites.

« — Si tu hijo se muere, me decían, la horca te espera, pues tu lo habrás matado.

« La madre prorrumpió en sollozos que se oyeron de toda la población y desesperada, cogió á su hijo y huyó



NIGER. — EZOBA, un gran jefe de Alla, (De una fotografía.)

lejos de casa, hasta Akuku, su pueblo, asegurando que no volvería á traspasar el dintel de mi casa, y no lo ha traspasado, no he visto más á mi hijo y tal vez no le vea jamás. ¡Oh ! Padre mio, ¿que debo hacer, ya que Dios no quiere que ofrezca sacrificios á los fetiches ?



Aunque hayan pasada más de diez meses de aquella noche, su recuerdo no se borrará jamás de mi, confieso que no puedo recordar esta escena, en que la sencillez disputa el lugar al heroísmo, sin que me sienta profundamente conmovido. No he exagerado nada al reseñar al principio de este relato, las dificultades enormes que entorpecen nuestra obra; es justo, pues, que ahora diga el incomparable consuelo que Dios nos reserva en su bondad, con rasgos de este género, para sostenernos en el cumplimiento de nuestra tarea.

« Esta vía, es la vía, díjele; tén valor, un día es un día y al final llegarás. »

Y perseveró en esta vía, pues encontró la fuerza de andar en la gracia de Aquel que, solo, podía sostenerlo; comprendió que el dolor y las angustias de la vida, que no duran más que un día, no son nada al lado de la recompensa eterna. Por eso llegó finalmente. Siguió haciéndose instruir, firmemente decidido á perder su mujer; sordo á las insinuaciones é insultos de su familia.

Dios había querido probar su fé y le recompensó devolviendo la salud á su hijo. Este hecho tocó el corazón de su mujer, la hizo reflexionar, la volvió á mejores propósitos y un día, se presentó de nuevo en el dintel de la choza de su marido, con su hijo en los brazos. Hizo

más, porque la que antes había hecho cuanto podía para distraer á su marido de la religión, aprendió á seguirle también á la Iglesia. En fin, el día señalado por la misericordiosa providencia de Dios, el asesino, el criminal de otros tiempos, con la frente humildemente inclinada delante del sacerdote que le llevaba de la mano hasta el pié del altar, sintió correr por su cabeza el agua misteriosa.

Tales son las sorpresas que Dios tiene á bien sembrar á nuestro paso. Sería contrario á la verdad si dijese que á menudo las encontramos, pero ya que Dios quiere obrar así, ¿no vale más inclinarnos ante esta voluntad que todo lo dirige, esperando con paciencia el día del triunfo, reservado quizá á aquellos que hayan cerrado nuestra tumba.

III. — Plan que hay que seguir en la evangelización.

Han llegado ante mis ojos unos mapas impresos este año que parecen ser muy apreciados en Europa; sin embargo, para hablar solo del país que estamos evangelizando, aún están lejos de dar una idea, ni siquiera aproximada del número de poblaciones é importantes centros que se hallan aquí á poca distancia unos de otros. Eso explica como pueden preguntarnos á menudo, si está habitado nuestro país. Cuando solo se encuentran blancos en un mapa, sobre todo hoy, que uno se imagina que Africa es muy conocida, se puede excusar el desconocimiento de la realidad. El caso es, que muy pocos exploradores se han alejado del curso del rio para visitar el interior y en quince años de Africa, me ha sido dado infinidad de veces el atravesar poblaciones y comarcas donde la planta del blanco no se había

posado nunca y es también eso lo que nos coloca á veces en situaciones desfavorables y desagradables. Efectivamente, no disponiendo más que de recursos limitadísimos, y queriendo no obstante, explorar el país que se nos ha confiado, es menester que nos resignemos á viajar muy económicamente, encontrando poco ó ningún socorro por parte de los jefes.



Así es que hace dos años, se me ocurrió la idea de ir á Assaba, partiendo de una estación situada á 100 kilómetros, á vista de pájaro, más arriba de esta población para darme cuenta de los pobladores colocados entre estas dos residencias. Salí sin guía y con un malísimo intérprete. Pasaré por alto todas las peripecias la mímica que se necesitaba para proporcionarse guías á fin de pasar de un pueblo a otro. Todo fué bien, mientras tuve pacotilla para poder cautivar a los indígenas, pero como no contaba más que con un viaje de tres días, llevaba conmigo muy pocas cosas, así es que al fin del tercer día, me ví apurado de recursos y lo peor era que por la noche llegamos á casa de un reyezuelo que tenía cara de pocos amigos.

Cuando solicité alimentos para mis gentes y un guía para la primera población, en dirección del sur, me contestó con aire tuno. No podía creer que yo hubiera venido con el sencillo deseo de ver el país y el motivo de mi viaje le parecía malevolencia, tanto es así, que mis dos hombres tuvieron que acostarse con el estomago vacío y muy poco tranquilizados por el día de mañana, pues por una parte, la negativa de los alimentos opuesta por los negros, que no faltan jamas á las

leyes de la hospitalidad, era de mal agüero, y por otra parte, no ignoraban que el apoderarse de un forastero y vendérselo hubieran podido verificarlo aquellas gentes sin ningún escrúpulo.

Para mí, la situación era menos sombría; al ver el cielo azul estrellado, me dispuse á medir la latitud del lugar, para saber aproximadamente á que distancia nos hallabamos de Assaba. Habiendo puesto en tierra el horizonte artificial de mercurio con su cubierta, saqué el sextante, me puse á medir las dobles altitudes de Sirio pereciéndome poco alejado del meridiano. La operación exigió bastante tiempo, ya que tenía que hacerlo solo, y escribir todas las lecturas del limbo y del reloj, con una vela que habia procurado colocar lejos del baño, detrás de un abrigo.

Eso tenía lugar en una plaza delante de la casa del jefe, en presencia de un gentío que vociferaba en todos los tonos sin que yo pudiera comprender el sentido de sus reflexiones. De repente ví llegar dos inmensas calabazas de *fusu* (pasta de batata machacada) nadando en una salsa humeante, que colocaron con mucho respeto, cerca del baño de mercurio, además cuatro mocetones con sus sacos de piel de cabra, terciados, y el cuchillon atado en la cintura, manifestaron ser mensajeros del rey, para guiarnos hasta la población vecina.

Comprendí en seguida lo que habia ocurrido y tuve que hacer un esfuerzo para conservar la seriedad que requería la situación. El mercurio, el sextante, el reloj, sin contar la vela, eran cosas más que necesarias para hacerles creer que se hallaban en presencia de un brujo temible. El rey temió entonces que su preciosa vida estuviera en peligro y por eso se apresuró á darnos alimentos y sobre todo á poner á nuestra disposición, no dos, sino cuatro guías.

Di gracias de todo corazón al coronel Debize, el sabio secretario de la Sociedad de geografía de Lión, que había sabido inspirarme, en sus interesantísimos cursos, un poco de gusto por la topografía. Al día siguiente temprano, marché contentísimo de tener guías de balde, dejando al rey aún más contento de haber salido del apuro á tan poca costa.



Pero, volviendo á mis excursiones. ¿Quién podrá describir las penas que experimenta el misionero al recorrer estas comarcas? encuentra poblaciones tan densas, ciudades tan numerosas, donde viven millares de almas sumergidas en la ignorancia más absoluta de nuestra religión, todas se consagran todavía á un culto que las envilece en este mundo, para perderlas enteramente en la otra vida. ¿Cómo pueden escuchar la voz del Evangelio? ¿Qué podemos hacer los quince sacerdotes que somos? Aunque fuéramos el doble, en tan extenso campo ¿que haríamos? Sin duda, no puedo precisar nada, pero al estimar á veinte millones de almas la población de esta prefectura apostólica del Alto-Niger, ciertamente me quedo corto y con mucho.

Un solo medio en las circunstancias actuales parece admisible para la propagación del Evangelio en estas comarcas: este medio es el indicado por Nuestro-Señor cuando mandó á sus discípulos y no a sus apóstoles que se le adelantaran por los puntos donde El mismo había de pasar. Estos discípulos son para nosotros, nuestros catequistas indígenas, nuestros nuevos cristianos: los colocaremos en estas innumerables ciudades en torno

de nuestras residencias, agrupados bajo la dirección de los misioneros quienes verdaderos apóstoles irían cada uno á su turno á visitar las estaciones. Con los catequistas, se evitan tres grandes dificultades, á saber; la



Terreno de la misión de Alla, antes de ponerlo en cultivo.
(De una fotografía.)

ignorancia de las costumbres, la ignorancia de la lengua y la diferencia de color.

Para realizar este plan necesitamos en absoluto de nuestros bienhechores. No hay que contar en efecto, con que nuestros catequistas puedan siempre, y sobre

todo, desde el principio, subvenir á su propia subsistencia. Y aún menos hay que contar con ello, cuanto que deseamos que vayan en compañía de su mujer, pero el inconveniente que puede irrogar esta medida, bajo el punto de vista de los gastos, está largamente compensado con las ventajas que saca de ello nuestra Obra, pués sin contar con la inmensa garantía que ofrece este sistema, el ejemplo de una familia cristiana en medio de esta sociedad que no ha soñado nunca con ser posible esto, es por sí solo una elocuente predicación.



Estos son los pocas datos que me atrevo á dirigiros. Hace dos años, me tomé la libertad de escribir una carta en la que pedía socorros á favor de la fundación de nuestro colegio de catequistas; tuvisteis á bien publicarla y hemos tenido el consuelo de recibir un donativo muy considerable que nos ha permitido empezar la obra. Era la divina Providencia, que para premiar nuestra confianza filial, respondía de una manera paternal á nuestro ardiente deseo. Si esa persona generosa ha resuelto con profunda humildad, el ocultar la mano que ha dado, su mérito es mucho mayor á los ojos de Dios y nos enseña a tener siempre confianza en Aquel á cuyas órdenes hemos venido.

Dictámen anual

de los trabajos del delegado de la Obra de la Propagación de la Fé para la América del Sur, á los SS. Directores de los Concejos centrales de Li6n y Paris.

— AÑO 1899 —

Recibimos el Dictámen anual que nos manda Monseñor Terrien, nuestro delegado en la América del Sur. Lo hemos leído con admiración y agradecimiento y nuestros lectores compartirán seguramente con nosotros esta impresión. Solo Dios puede premiar un celo tan inteligente, que no se ha desmentido nunca desde diez años acá.

RESPETABILÍSIMOS SEÑORES,

Según vuestras instrucciones, no he querido retirarme de la República Argentina y en particular de Buenos Aires, sin haber tenido la satisfacción de presentar mis sucesores, los RR. PP. Cyprien y Barbé, á las autoridades eclesiásticas, al alto clero y á los numerosos Comités de la Obra.

No me despedí de Buenos-Aires hasta no haber puesto al corriente de su nueva misión á los dos futuros delegados para la Argentina, el Uruguay y el Paraguay. Como último recuerdo de la generosidad de Buenos-Aires, pude en pocos días antes de mi marcha, reunir una nueva suma de 10.000 francos que tuve el consuelo de remitiros en Febrero.

Pero tenía que ir donde el deber me llamaba. Por eso, sin vacilar traspasé la Cordillera de los Andes para llegar á Chile, primera etapa de mis trabajos durante el año 1899.

EN SANTIAGO

A mi llegada á Santiago, capital de la República, fui recibido con benevolencia por Monseñor Casanova que estaba preparando ya su partida para la vida eterna. No obstante, el venerable arzobispo tuvo tiempo de entregarme una carta particular de recomendación y encargó á su vicario general Don Rafael Fernandez Concha que me concediera las facultades necesarias á mi misión.

Todo fué á maravilla; el Señor Vicario general designó al Señor Cura Don Luis Campino por director diocesano de la Obra. Difícil hubiera sido hacer mejor elección.

No fuí menos favorecido por las autoridades civiles pues fuí honrado por una audiencia particular de S. E. el Presidente de la República Don Federico Errazuriz, hombre instruido y habilísimo, hijo de un antiguo Presidente de la República. Ha sido muy amable conmigo y no me ha ocultado sus sentimientos católicos, dignándose inscribirse á la cabeza de la lista de los asociados *perpétuos*.

Después de terminar estos preliminares, puse manos á la obra.

Ya estamos á principios de Mayo, seguí mi sistema de acción; prediqué los domingos y días de fiesta en las iglesias parroquiales, cordialmente acogido por los Señores Curas y también en las capillas públicas y comunidades, sin descuidar nada para lograr el objeto que perseguimos, al par que obedeciendo estrictamente las instrucciones del Padre Santo, esto es, prohibición absoluta de cuestaciones ó provocación á las mismas. También visité los colegios y establecimientos de educación y fundé la Obra entre la juventud católica.

Aproveché esta ocasión para alabar el celo de los Hermanos de la Doctrina cristiana, de las RR. PP. Picpusianos, de los RR. PP. Jesuitas, de las religiosas del Sagrado Corazón, del Buen Pastor, de los Sagrados Corazones, de la Visitación, de los profesores y discípulos del gran seminario.

Debo elogios merecidos á las dignas Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, á las Hermanas de San José de Cluny, á los RR. PP. Agustinos de la Asunción, á los RR. PP. Redentoristas franceses y á los hijos de dom Bosco. En todo mi viaje, tendré que rendir los mismos testimonios de agradecimiento à todas las Congregaciones.

En fin, una piadosa cofradía recién fundada con el título de « Hijas de los Sagrados Corazones » y compuesta de jóvenes de las principales familias de la capital, se ha comprometido á entregar á la Obra la suma de 300 piastras para el sostenimiento de un misionero.



Bendecía Dios mis esfuerzos cuando, el 9 de Junio, en Santiago y en todo el Sur de la República, unas lluvias torrenciales causaron espantosas inundaciones. Las cosechas se perdieron; pueblos enteros quedaron destruidos y familias enteras se encontraron sin abrigo.

Estas inundaciones fueron una terrible prueba para nuestra Obra. Por delicadeza interrumpí mi misión, resignándome á esperar mejores días.

A principios de Julio, habiéndose aliviado las principales miserias locales, me atreví á proseguir la campaña.

Hasta el 12 de Agosto pude trabajar con eficacia, pero otra vez vinieron las lluvias difundiendo la desola-

ción por el país. Tuve que interrumpirlo todo por segunda vez. A pesar de eso, los resultados obtenidos sobrepusieron á mis esperanzas.

En efecto, prediqué en 40 iglesias ó capillas (y á menudo quatro y cinco veces en la misma iglesia el mismo día); visité más de 200 familias, que, en su mayoría se inscribieron por asociados *perpetuos* y tomaron una decena *personal*. Fundé la Obra en 9 parroquias de la villa y fuera de ellas, formé al menos 25 centros de acción. Reuní unas mil decenas de asociados y recogí más de 60 mil francos, y Santiago no figuraba en vuestros Anales más que con la módica suma de 275 francos.

No me iré de la simpática capital de Chile, sin dirigir una palabra nacida en mi corazón á los dos periódicos católicos, el *Porvenir* y el *Chileno*, que han contribuido poderosamente á hacer conocer y amar á nuestra Obra.

El 25 de Setiembre por la mañana, tomé el expreso para Valparaiso, y el 28 por la tarde me embarqué á bordo del « Cachapoal » para Coquimbo, puerto de la diócesis de Serena. Habría predicado en Valparaiso, pero esta ciudad fué una de las que más padecieron por el temporal.

DIÓCESIS DE LA SERENA

El 29 de Septiembre por la tarde desembarcamos en Coquimbo. Yo iba acompañado con el R. P. Gumfrid Darbois, Agustino de la Asunción.

La Serena, es una pequeña ciudad de 15000 almas, capital de la provincia del mismo nombre y sede episcopal. Es una población tranquila, aseada y bastante coqueta con sus jardines y plazas.

Monseñor Florencio Fonticello, hijo de Santiago y de una de los principales familias, es el Obispo actual

de la Serena. No tuvimos el consuelo de encontrarle, aún se hallaba en Europa, pero tuve el honor de saludar á Su Señoría Ilma y recibí su bendición en Santiago, cuando se iba á Roma, á tomar parte en el concilio Sud-Americano.

Por eso, con la más entera confianza nos presentamos á los dos Vicarios generales que nos acogieron con mil amores. Era un sábado y al día siguiente empezamos por la mañana nuestras predicaciones, el R. P. Darbois en la iglesia de la parroquia y yó en la catedral y por la noche en la capilla del hospital y en la iglesia de los dominicanos, de modo que, al final del primer día, todos los habitantes de la Serena conocían nuestra llegada y el objeto de nuestra misión. Durante la semana y el domingo siguiente, acabamos de predicar en las otras iglesias y capillas de la villa. Se organizaron cien decenas en diez días y se fundaron cuatro centros principales.

Terminada nuestra misión regresamos á Coquimbo, para embarcarnos á bordo del *Maipo* y dirigirnos á Antofogasta, donde llegamos el 18 de Octubre.

VICARIATO APOSTÓLICO DE ANTOFOGASTA

La villa de Antofogasta es la residencia del vicario apostólico, que no es obispo, pero que depende inmediatamente de la Santa Sede. Era antes el puerto de Bolivia, pero desde 1882 esta pequeña ciudad y toda la provincia del mismo nombre pertenecen á Chile. Antofogasta que puede tener unas 15000 almas, vá adelantando y está llamada á ser en breve, una ciudad floreciente por las riquezas que encierra toda la comarca. Actualmente se están explotando minas de plata y

cobre, y el salitre rinde mucho. Desgraciadamente los católicos son allí pocos en número, todas las grandes industrias están en manos de los judíos. Solo hay seis parroquias en el vicariato, que distan entre si varias jornadas á caballo.

El Señor Don Felipe Salas Errazuriz, Vicario apostólico, nos ofreció la hospitalidad con mucha amabilidad aconsejándonos predicásemos una novena. Aceptamos de buena gana. Durante esos nueva días reunimos unas treinta decenas y encontramos una asociada perpétua. Dejamos la Obra entre las manos de una comisión de Señoras y Señoritas distinguidas y piadosas.

DIÓCESIS DE LA PAZ. (Bolivia.)

El lunes por la mañana, día 29 de Octubre, tomamos el expreso, que en tres días nos llevará á la villa de Oruro, donde se halla provisionalmente el gobierno boliviano. Desde Antofogasta hasta Urmo, todo es desierto y árida pampa. Las montañas desnudas encier-
ran riquezas incalculables en salitre, bocata, plata, cobre, estaño, etc. No obstante, vamos descubriendo de distancia en distancia algunos pueblos de chozas despar-
ramadas, é inmensos rebaños de lamas vienen agrada-
blemente á romper la monotonía del paisaje. Llegamos á Oruro el miércoles por la noche y fuimos á pedir hospi-
talidad á casa de los buenos Padres Franciscanos. Tene-
mos que esperar tres días, pués la diligencia que nos
leva á la Paz, no saldrá hasta el sábado. Hicimos algu-
nas visitas á las familias principales que se apresuraron
á asociarse á la Obra.



El sábado á las once, nos despedimos de los excelentes religiosos y nos instalamos en la diligencia donde tendremos que permanecer tres días ántes de llegar á la Paz. ¡Gran Dios! ¡Qué diligencia! es un cajón donde estamos en montón diez personas, digo once, con el mayoral. El lunes por la noche llegamos sanos y salvos, aunque contusionados en la cabeza, brazos y por todo el cuerpo.

La Paz, capital de Bolívia, alternando con Oruro, es una villa única en su clase. Está construida en el fondo de un cráter y rodeada de montañas y aunque para llegar á ella se tenga que descender una rápida pendiente de casi 1000 metros, la villa se encuentra aún á cerca de 4000 metros sobre el nivel del mar. Las calles tienen casi la forma de montañas rusas y hay que tomar muchas precauciones para evitar las caídas, que son por desgracia muy frecuentes.

Al llegar, la Iglesia de la Paz estaba de luto; su Ilma el Sr. Valdivia, su Obispo, acababa de morir. El Señor Canónigo D. J. Machicado, Vicario capitular nos dejó completa libertad para trabajar por nuestra Obra. Teniendo el tiempo limitado, no era esa mi intención. No obstante, pude hacer un sermón y formar algunas decenas.

El sábado por la mañana á las 7 1/2, volvíamos á marchar y después de varias jornadas y una corta estancia en Lima donde tenía que arreglar algunos asuntos que pueden interesar el porvenir de nuestra Obra, me detuve en Iquique (territorio chileno).

VICARIATO APOSTÓLICO DE TARAPACA

No encontramos á S. S. Ilma el Señor Carter, Obispo, pero nos recibió con los brazos abiertos el Señor Montero, su amable secretario. « No hay ninguna dificultad, nos dijo, en que se queden ustedes aquí, el Señor Vicario apostólico les esperaba; además Su Señoría regresa mañana por la noche ».

Ante tan cordial acogida, no vacilamos en instalarnos en el palacio episcopal.

Al día siguiente, llegó S. Señoría el Sr Carter, que nos recibió con la sonrisa en los labios y compuso y mandó publicar una bella carta de recomendación, haciéndome saber con la mayor sencillez que entregará *todos los años* 120 piastras á la Obra.

En toda la América del Sur, salvo raras excepciones. el mes de María se verifica del 8 de Noviembre al 8 de Diciembre. Aprovechamos tan feliz circunstancia y todas las noches pudimos predicar á los fieles. No ha sido esteril nuestro llamamiento y más de 40 personas piadosas han venido á inscribirse como *Celadoras*.



Para finalizar este modesto dictámen, me permitiré una observación.

Trabajo en América de diez años á esta parte. He visitado la mayor parte de la inmensa nación mejicana, República Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú. Si he tenido días de alegría y si Dios ha bendecido mi labor, es á costa de arduas fatigas. Hay que confesarlo, la misión de Delegado, tal como yo la he desempeñado

es trabajosa é ingrata. Todas las Repúblicas de la América latina son hoy casi pobres. Las familias verdaderamente católicas y ricas son poco numerosas y sobre ellas recaen todas las obras de caridad. Además, la población de esos países del Sur, no es considerable, y ciertas Repúblicas como el Brasil, Perú, Bolivia, Ecuador y México, tienen al menos, el tercio de sus habitante indios, sino salvages, al menos infieles.

Lo que me ha sostenido, es el recuerdo constante de aquellos millares de misioneros desterrados en medio de los pueblos salvages de Africa, Asia y Oceania, que me suplican que no ceda al desaliento. En cambio les pido on *memento* especial en el Santo Sacrificio, pues por ellos y por la Obra que he representado, he renunciado á otra misión cualquiera. En efecto, para abogar con fruto por la causa de la Propagación de la Fé, hay que identificarse con ella, vivir solo por ella, no hablar más que de ella, no pensar sino en ella, noche y día. Sin esa inmolación cotidiana, el Delegado no logrará ningún resultado y solo cumplirá á medias su tarea. Pues, mis queridos compañeros, misioneros del mundo entero, rezad una oración por el que durante diez años ha trabajado por vosotros sin descanso, sin reposo, en tierra extranjera.

Crónica de la Obra

Carta de S. Em. el Cardenal Rampolla.

A LOS SS. PRESIDENTES DE LOS CONSEJOS CENTRALES
DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ

Con motivo de la apertura solemne del gran jubileo en Roma, los Consejos centrales de la Obra de la Propagación de la Fé de Lión y Paris habían dirigido felicitaciones respetuosas y filiales á Su Santidad. He aquí la contestación que el Padre Santo se ha dignado darles por conducto de Su Eminencia el Cardenal Rampolla.

SEÑORES,

« Es con una satisfacción muy especial que he presentado al Padre Santo la carta de los dos Consejos centrales de la Obra de la Propagación de la Fé, carta llena de los más ardientes y afectuosos sentimientos.

« Su Santidad los ha acogido con aquella especial benevolencia que suele mostrar con respecto á vuestra Obra tan meritoria y á las excelentes personas que la dirigen con tanto celo y abnegación. El augusto Pontífice se felicita con vosotros, del bien que se ha hecho este año y se regocija con la esperanza de poder hacer aún más en lo futuro, con el acrecentamiento de las larguezas de los fieles. Y para afirmar su afecto, paternal á ambos presidentes y á cada individuo de los Consejos centrales, concede á cada uno de ellos, con la efusión de su corazón, su bendición apostólica.

« Y yó les agradezco las palabras corteses que me han dirigido.

« M., card. RAMPOLLA. »

Roma, 3 Enero 1900.

Fiesta de San Francisco Xavier.]

PATRÓN DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ

Por todas partes, la fiesta de la Obra ha sido celebrada con la mayor solemnidad.

En Lión Mons. el Obispo de Orléans había tenido á bien, hablar á favor de la Propagación de la Fé, invitado por el Cardenal-Arzbispo y por el Consejo central.

Mucho ántes de la hora fijada para la ceremonia, un auditorio selecto llenaba las vastas naves de la catedral y el coro no podía contener á los eclesiásticos que, de toda la diócesis y aún de las diócesis vecinas, habían respondido al llamamiento de la grande Obra.

A los lados de Su Eminencia el Cardenal-Arzbispo de Lión, podía saludarse á Mons. Hautin, arzobispo de Chambery, antiguo vicario general de Orléans y á un obispo misionero de China, Mons. Ferrant, lazarista coadjutor del Kiang-si septentrional. En la primera fila asistía el Consejo central y el Comité diocesano de la Propagación de la Fé.

Después del *Credo*, Mons. Fouchet pronunció el panegírico del glorioso Patrón de la Obra de la Propagación de la Fé.

Que el eminente orador exponga la preparación providencial y los principios heroicos del apostolado de Francisco Xavier, ó que desenvuelva las diferentes fases de aquella vida de conquistador, siempre es con las mismas expresiones felices. con el mismo colorido, las mismas semblanzas ingeniosas y sorprendentes, los mismos vuelos. Esta palabra que cautiva, encanta, arrebatada vá acompañada de un adenán sóbrio, distinguido, que se armoniza admirablemente con el pensamiento, teniendo á sus órdenes una voz agradable y poderosa, en una palabra, una acción siempre natural.

Este magnífico discurso se ha publicado y se encuentra en las oficinas de la Obra.

En Paris, la fiesta ha sido celebrada, según costumbre en el seminario de las Misiones extranjeras. Su Excelencia Mons. Lorenzelli, Arzbispo de Sardos, Nuncio apostólico en Paris, ha oficiado de

pontifical; Mons. Ramuzzi, consejero de la Nunciatura y Mons. Montagnini, secretario, concurrían á la ceremonia. En la primera fila estaban los individuos del Consejo central y los del Comité diocesano de la Obra de la Propagación de la Fé. Las Sociedades de misioneros tuvieron á gloria el hacerse representar á esta solemnidad, dando así á la grande obra de las Misiones una señal de su simpatía y un testimonio de su agradecimiento.

Reconocimiento del cuerpo del Venerable Pedro Tuy.

El sábado 9 de Diciembre se verificaron las pruebas canónicas para el reconocimiento del cuerpo del venerable Pedro Tuy, sacerdote tonquinés. Es uno de los cuarenta y nueve mártires que pertenecían á la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Paris, que en 1900 serán llamados á los honores de la beatificación.

Los restos venerables del mártir fueron dados en 1849 por el superior del seminario de la calle del Bac al Consejo central de la Obra de la Propagación de la Fé de Lyon y se depositaron en un oratorio contiguo al notable museo de la calle Sala; la identidad del cuerpo estaba probada por los documentos que acompañaban la preciosa donación hecha á la Obra.

Los señores Doctores Vincent y Contamin se encargaron de la comprobación y reconstitución del cuerpo, en presencia de su Eminencia el Cardenal Arzobispo, de M. Martial de Prandières, presidente, y de los Señores individuos del Consejo central de la Propagación de la Fé.

Su Eminencia el Cardenal Coullié á llevado á Roma, á la Sagrada Congregación de los Ritos, el resultado de las pesquisas y entregó, según costumbre, al Padre Santo y á los Cardenales, las insignes reliquias que les eran destinadas.

Iguales formalidades se han efectuado para los otros mártires, en el lugar donde fueron depositados sus venerables restos.

Un ruego á los misioneros.

Desde algunos años acá, hemos insertado en los *Anales* numerosas ilustraciones. Con los maravillosos adelantos de la imprenta, nuestra Obra no podía ser inferior á las otras instituciones de caridad, tanto más cuanto que, desde la primera hora, al crear hace treinta y tres años, las *Misiones Católicas*, habia vislumbrado la necesidad de acompañar el texto que habla á la inteligencia, con dibujos que hablan á los ojos. Después, hemos introducido la misma innovación en los *Anales*; hemos recibido sobre este particular muchos alientos, pero, nuestros queridos misioneros lo comprenderán, para que nuestros grabados salgan de lo banal, para que no parezcan dibujos de imaginación, importa que solo sean la reproducción de fotografías tomadas en el país mismo. Así, con las facilidades actuales, la baratura de los instrumentos y aparatos fotográficos, es fácil tomar pruebas, que aunque sean imperfectas, podrán ser reproducidas por nuestro hábil grabador y darán á la narración, una vida, actualidad, é interés, incontestables.

Las misiones Católicas.

Nuestro Boletín samanal ilustrado ha empezado su trigésimo-tercio aniversario de publicidad, y cada día nos demuestra cuanta razón tenían los Consejos de Lión y Paris en crear esta revista. Después, ¡cuántos documentos preciosos han sido recogidos por nosotros y enviados á los misioneros que habían expuesto sus necesidades y su pobreza á sus compatriotas!

En 1900, trabajos del mayor interés serán ofrecidos á nuestros lectores todas las semanas. Nos contentaremos con señalar el trabajo de Mons. Fallize, el distinguido Obispo de Noruega, cuyas primeras páginas ván en este número de los *Anales*, dicho trabajo vá acompañado de magníficos grabados.

Diremos aún que este año, las *Misiones Católicas* ofrecen gratis

a todos sus abonados un *mapa de la Iglesia de los Estados Unidos*. El valor comercial de este mapa, tan concienzudamente hecho, es igual seguramente al precio mínimo del abono.

El precio del abono es de 10 francos para Francia y de 12 francos para la *Unión postal*.

Recordamos á nuestros lectores que si lo piden, les mandaremos gratis un número de *muestra*.

Dirigirse al Sr. Director de las *Misiones Católicas*, 14, rue de la Charité, Lión.

Testimonio de gratitud.

La revista mensual publicada por los Hermanos predicadores de la provincia de Francia, el *Año dominicano* publica las líneas siguientes :

« Hemos de expresar nuestra gratitud á la Obra de la Propagación de la Fé. En el reparto de las limosnas que le llegan en 1898, ha dado una buena parte á las misiones dominicanas. La misión de Mosul (Mesopotamia y Kurdistan) recibió 38.000 francos; Mons. Altmayer, delegado de la Mesopotamia, Kurdistan y Armenia Menor, recibió para las diferentes misiones de la Delegación 19.000 francos y para los Ritos Unidos 17.000 francos, además de una suma de 60.000 francos que se les distribuyó por iniciativa del Papa. Notemos también, aunque no haya misiones dominicanas en la Delegación de Siria, la suma de 44.000 francos dada á Mons. Duval para las diferentes obras de los Ritos-Unidos de su territorio. En fin, el Consejo ha atribuido 22.000 francos á Mons Colomer, vicario apostólico del Tonkin septentrional; 20.000 francos á Mons. Terrés, vicario apostólico del Tonkin oriental; 32.000 francos á Mons. Fernandez, vicario apostólico del Tonkin meridional; 16.000 francos á Mons. Massot, vicario apostólico de Fu-Tcheu; 7000 francos al vicariato apostólico de Amoy; 10.000 francos á Mons. Van Baars, vicario apostólico de Curaçao; 3000 francos á Mons. Flood, Arzobispo de Puerto España.

« Tenemos empeño también, en pagar otra deuda de gratitud. Las *Misiones Católicas* de Lión, registran un donativo magnífico y

anónimo de 10.000 francos para ser repartido entre nuestras misiones dominicanas de Mosul, Armenia, del Tonkin septentrional, oriental y central, Fokien, Amoy, y en fin de Tabago en las Antillas inglesas. Es un « anónimo de Lión » que se muestra al mismo tiempo tan generoso y tan modesto. No reclama más que oraciones; nuestro agradecimiento las haá particularmente fervientes. »



Noticias de las Misiones

ASIA

LA MISIÓN DE AKBES

M. Malaval, lazarista, nos escribe de Akbes :

« Akbes es un pueblo situado en el Guiavur Dagh. No ha mucho, los cristianos de estas montañas estaban en un estado increíble de barbarie, todos eran ladrones ó asesinos de profesión, hasta el punto de que un jóven que no hubiera asesinado á nadie no encontraba con quien casarse. Nada distinguía al cristiano del musulmán; la misma vida, las mismas costumbres y los mismos vicios. Había que transformar á esta población degradada.

« Veamos ahora cuales son los resultados obtenidos. Primero, es indudable que los misioneros han sido la causa, al menos indirecta, del progreso que puede admirarse en el país. Si, ahora hay seguridad, se debe á la misión lazarista establecida en 1869 y á la Trapa, fundada en 1883.

« Hoy, el comercio está relativamente desarrollado, la cultura se practica en grande escala y las costumbres han cambiado, singularmente. Sin duda, los robos son frecuentes aún, la antigua generación no ha desaparecido por completo; pero el asesinato es relativamente raro.

Desde la instalación de la Misión, 115 matrimonios han recibido la bendición y se han administrado más de 600 bautizos. A la llegada de nuestros compañeros, en 1869, no había ni una sola familia católica, y hoy tenemos sesenta familias armenias á las que hay que añadir veinte y ocho familias maronitas, quedan todavía algunas familias cismáticas que forzosamente nos pertenecerán un día.

UNA ESCUELA EN EL LÍBANO

El R. P. Michel, de la Compañía de Jesús, nos escribe de Beyruth:

« Por Navidad y día de año nuevo, recé y mandé rezar á mis niños por nuestros bienhechores. El misionero les dá las gracias desde el fondo de su corazón por su generosa simpatía para su escuela del Líbano, pero permítanme expresar un sentimiento; los donativos recibidos son insuficientes para esta fundación.

« Hadeth está á una legua de Beyruth, sobre el camino de hierro. Esta pequeña ciudad de 5000 habitantes sirve de residencia al gobierno del Líbano.

« Fui allá últimamente; mi vicario un jóven sacerdote maronita, me acompañaba. A nuestra llegada el entusiasmo era general. Los niños acudían para besarnos la mano. De paso, nos enseñaron dos escuelas rusas. Una, para niños, otra, para niñas.

« — ¿Se mezclan con los hijos de los cismáticos, los vuestros? pregunté á los que me rodeaban.

« — ¡Ay! sí; para gran número de ellos, es el único medio de llegar á una carrera; se admiten gratis y se educan á fondo en la lengua árabe.

« — ¿Y su fé?

« — Es lo unico que nos inspira inquietudes. ¡Ah, si abriéseis una escuela, los tendríais todos! »

« En una colina que domina las extensas afueras de Beyruth, se levanta la hermosa casa que me ofrecen gratis. Su situación es de lo mas pintoresco que hay. El caserón protestante se halla á un cuarto de hora de allí; Haret-Hereik, Baabda y Borge están á algunos pasos.

« Todos esos pueblos, con su recinto de morales, verdes olivos y árboles frutales, que ván á unirse con el gran bosque de pinos de Beyruth, descansan la vista, de la llanura de arena larga é inundada de sol, cuyas ondulaciones amenazan cubrir la villa y sus arrabales. No pueden saciarse mis ojos, los paseo sobre las nevadas cimas del Líbano; el célebre Sanin aparece majestuoso con todo su brillo y hermosura. Pero aquellas blancas montañas, brillantes aderezos de la naturaleza, no hacen ya ninguna impresión en el corazón del misionero cuando es testigo de la destrucción de la obra maestra más hermosa de Dios: « las almas. »

« ¡Ah! ¡salvad á esas almas de niños, queridos bienhechores míos! Una escuela de tal importancia exige cuatro profesores: á vosotros toca el sostenerlos. Pondré mi escuela bajo la advocación de Nuestra Señora de las Victorias; ayudad á la Santísima Virgen para que triunfe una vez más del cisma y de la heregía. »

ADELANTOS DE LA MISIÓN DE PÉKIN

Mons. Favier, vicario apostólico de Pékin, actualmente en Francia, nos manda esta reseña, que pone de manifiesto los consoladores resultados obtenidos por el apostolado en esta parte de la China.

« Los asociados de la Propagación de la Fé que hacen vivir en China á los misioneros y sus obras, los numerosos bienhechores cuyas limosnas sostienen á las misiones lejanas, no leerán sin interés un relato de los consoladores frutos que han dado sus ofrendas en el vicariato de Pekin.

« Para dar una idea de los adelantos de esta misión, os envío una exposición comparativa de los diez últimos años.

« Las estaciones de misiones eran en 1889. en número de 322; hoy día son 517.

« Hace diez años, teníamos 34.417 cristianos, hoy contamos 46.894. El número de los bautizos de adultos en 1899, solo era de 1022; este año contamos 2322, de los cuales 633 solamente han sido bautizados al estar ya para morir. El número de los catecúmenos era en 1889 de 1170; hoyes de 6506; y si contamos los que vienen simplemente á manifestar su intención de hacerse cristianos, el número pasaría de 10.000. Las confesiones anuales; de 23.464, han llegado á 31.417.

« Hemos hecho un llamamiento á la abnegación de los Hermanos maristas. Aun no estaban en el Vicariato hace diez años; hay son 18. Gracias á su celo se ha abierto un colegio para los europeos en Tien-tsin; en la misma ciudad la municipalidad les ha confiado un colegio franco-chino de 75 discípulos.

En Pekin el gran colegio y su sucursal cuentan 155 alumnos y han dado ya más de 50 buenos intérpretes, que desempeñan ahora importantes funciones en los correos, ferro-carriles, telégrafos, etc.

« El establecimiento de los trapistas en este vicariato no solo se sostiene, sino que también adelanta con admirable regularidad. En

1889, no contaba más que 3 sacerdotes, 6 religiosos de coro y 22 conversos; hoy se compone de un abate mitrado, con 5 sacerdotes, 18 religiosos de coro y 33 hermanos. Los recursos sí que no han aumentado y el monasterio sigue siendo pobre.

« Además del grande establecimiento de la Santa Infancia que mantiene todos los años de 400 á 500 personas, las hijas de la Caridad dirigen también dos hospitales europeos, 3 hospitales chinos y 2 hospitales de ancianos. Tienen además un hospital para niños enfermos y cuatro dispensarios.

« La congregación de las Hijas de San José compuesta de hermanas indígenas contaba 38 individuos en 1889; hoy se compone de 62 hermanas. Tenía por entonces cuatro casas; ahora tiene 11.

« En 1889, poseíamos 16 grandes iglesias europeas; ahora tenemos 31. En este número, muchos de ellas harían muy buen papel en Europa; la catedral de San Salvador, de Pekin, en el recinto mismo de la ciudad imperial ha sido costeadada por el Emperador y costó 800.000 francos; la de San José, en el este de la villa ha costado más de 400.000 francos; la antigua iglesia del Sur ha exigido 200.000 francos para ser renovada. El coste de las demás grandes iglesias varía de 50.000 á 100.000 francos.

« En 1889, se contaban 136 iglesias de segundo orden; el vicariato posee hoy 216 de ellas. En cuanto á los oratorios construidos á la moda china, son hoy en número de 272.

« En 1889, el gran seminario solo se componía de 12 discípulos! ahora son 23. En cuanto á los discípulos del pequeño seminario de 36, han pasado á 88. Estos alumnos pertenecen todos á nuestras mejores familias cristianas y si á veces nos vemos obligados á despedir á alguno es casi siempre por incapacidad ó enfermedad, pero nunca por otras causas. Cada discípulo enteramente mantenido por la misión, le cuesta por término medio 100 francos al año. Catorce ó quince años de estudios se necesitan antes de poder ordenar á un sacerdote chino.

« En lugar de 2 colegios, tenemos 5; en lugar de 135 discípulos, tenemos 325 á nuestra costa, la mayor parte. En cuanto á las escuelas, todas gratuitas, su número era de 153 en 1889; hoy son 370.

« En vez de 2.727 alumnos que entonces las frecuentaban, contamos actualmente 5503.

« Para todas estas obras, los gastos son considerables, y las generosas limosnas que recibimos están lejos de bastar; Cuánto bien podríamos hacer si se viniese á nuestra ayuda! Con 5000 francos, se puede edificar un oratorio chino, con 1000 francos se funda una

escuela de catecúmenos, con 100 francos anuales se mantiene á un alumno de los seminarios... »

GRAVES ACONTECIMIENTOS EN LA PROVINCIA DE CANTON

M. Marechal, de las Misiones extranjeras de París, nos escribe :

« El cañon retumba en la bahía de Kwong-tchao Waw. Se veía venir. De dos años acá, nuestros barcos surcaban silenciosamente por esta bahía ¿ocupaban el país? Si y nó. Los franceses habían puesto guarnición en algunos puestos importantes, evitando con cuidado el disgustar á los pobladores, pero no se había trazado ninguna delimitación.

« Dos jóvenes oficiales, recién llegados de Francia, sin darse cuenta de la situación, quisieron dar un paseo. Los descubrieron y los mataron; les cortaron la cabeza y los ultrajaron.

« No tardó en conocerse esta noticia en Chek-chen; los chinos cantaron victoria. No puedo decir, mi indignación al oír contar á la gente, como una cosa indiferente, que el corazón, el hígado y la cabeza de nuestros paisanos pesaban tantas libras.

« Parece que de veras se han comido á nuestros dos oficiales. Se contaba que sus cuerpos tenían mucha grasa.

« Los primeros días que siguieron á esa horrible maldad, los pillos de Chek-Chen no hablan de nada menos que de hacerme sufrir la misma suerte. Admito que dijeran eso por broma y que me habrían perdonado esta especie de entierro gratuito y demasiado civil; pero los cristianos estaban espantadísimos.

« El comandante francés apuntó con los cañones á las cañoneras chinas que estaban en la rada y las declaró prisioneras de guerra con todo el personal de á bordo. Allí estaba el tao-tai de Hai-nan, el prefecto de Lui-Tchen y una infinidad de altos personajes. Era un buen golpe de redes y una prenda importante para el porvenir. Al mismo tiempo, dos cañoneras iban á bombardear el mercado de Ma Tcheung que se había mostrado siempre hóstil. Los días siguientes se supo que el mercado no existía y que más de 400 habitantes ó soldados habían sido alcanzados por los proyectiles. El castigo había sido exemplar y sobre todo necesario. »

AFRICA

ESTADO ACTUAL Y NECESIDADES DE LA DIOCESIS DE ARGEL

Mons. Oury, arzobispo de Argel, escribe á los Señores directores de la Obra de la Propagación de la Fé:

« No tengo la pretensión de haceros saber la grande extensión de la diócesis que la divina Providencia ha tenido á bien encomendarme. Ya sabéis que del este al oeste no mide menos de 160 leguas y 150 del norte al sur. La población que vive en ella es de 1.300.000 almas entre los cuales hay 300 000 europeos y un millón de indígenas. Pués, dá pena el hacerlo constar, este inmenso territorio no encierra más que 150 parroquias y 300 sacerdotes para sus necesidades. Efectivamente, este número es irrisorio.

« Tenemos parroquias distantes de 15 leguas de la parroquia más vecina y algunos eclesiásticos se vén obligados á recorrer todos los domingos 40 kilómetros en ayunas para celebrar una segunda misa en el anexo á su cargo. En estas condiciones, hay multitudes que están fatalmente fuera de la acción de nuestro apostolado, hay familias, á veces, muy buenas, que se vén sustraídas enteramente á la vida cristiana, y millares de bautizados, viven fuera de la religión, por la fuerza misma de las cosas.

« ¿Qué sería preciso hacer para que desapareciera la escasez de personal que padecemos? Pués, sencillamente, tener sacerdotes y tener muchos; en otros términos, abrir de par en par las puertas de nuestros seminarios, para que cuando llegue el momento, podamos hacer salir con abundancia los colaboradores que necesitamos.

« Para aplicar este remedio, ¡ah! se necesita lo que se necesita para todo, quiero decir *dinero*. La caridad de los católicos de la metrópoli es nuestro único recurso, y volvemos los ojos hácia ellos, que es del único punto de donde pueda venirnos la salvación. Ayudándonos, vuestros asociados contribuirán á una gran cosa : á la formación de un sacerdote... »

SERVICIO FÚNEBRE EN TANANARIVE

El R. P. Colin, de la Compañía de Jesús, nos escribe de Tananarive, el 12 de Noviembre de 1899 :

« El 6 de Noviembre último, se celebraba en la catedral católica de Tananarive un servicio fúnebre por el descanso del alma de los militares y colonos fallecidos en Madagascar durante el curso del año.

« En las gradas del catafalco, veíanse panóplias de sables, trofeos de rewolvers, coronas; debajo, cuatro ametralladoras, cañones-rewolvers, pabellones de fusiles Lebel, lanzas de malgache, todo colocado artísticamente y dispuestos alrededor del monumento.

« El general Pannequin, con todo su personal militar y civil, asistió con uniforme de gala á la función.

« El R. P. Castets, superior de la misión de Tananarive, celebró el santo Sacrificio de la misa con diácono y subdiácono. Ejecutaron los cantos los discípulos de las escuelas de la misión, dirigidos por los hermanos y acompañados por el gran órgano. Al fin de la misa Mons. Cazet dió la absolución. »

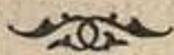


Necrología

M. ROUSSEILLE

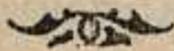
ANTIGUO SUPERIOR DEL SEMINARIO DE LAS MISIONES EXTRANJERAS
DE PARIS

Nació en Burdeos, en 1832, M. Juan José Rousseille, había marchado á las misiones en 1856. Llamado á Francia en 1861 como director del Seminario de Paris, fué sucesivamente profesor, director de los aspirantes (ó maestro de los novicios), procurador general de la Sociedad en Roma y superior del seminario de Paris. Volvió luego á Hong-Kong, donde fundó una casa de retiro para los misioneros, y la dirigió durante cerca de quince años. Llamado de nuevo en 1899, como superior del seminario de filosofía, ha muerto en el desempeño de estas importantes funciones.



Rogamos á los misioneros, que tengan presente en sus oraciones á Mons. Francisco Luis Fleck, obispo de Metz, que falleció el día 27 de Octubre.

El venerable difunto fué uno de los más grandes celadores y protectores de la Obra de la Propagación de la Fé. Hace trece años, cuando fué llamado á la Sede episcopal de Metz, las suscripciones diocesanas no llegaban á 100.000 francos; antes de que falleciera se llegó á 150.000. A sus exhortaciones, alientos y ejemplo, debe la diócesis de Metz el ocupar una de las primeras filas en la obra sustentadora de las misiones católicas. El promotor de este gran adelanto ya no existe, pero el impulso que supo darle continua; la extensión del reinado de Jesucristo arraigó en el corazón del clero y fieles de esta religiosa diócesis.



También encomendamos se rece por Don Narciso Manzanilla que desde 1884 era corresponsal de nuestra obra en la diócesis de Mérida (México).



Salidas de Misioneros

El 5 de Noviembre, doce sacerdotes del seminario de Mill-Hill : MM. Proctor, Keller, Litloff, Van Agt, Brandsma, Drontman, Grimshaw, Kallen, Kirk, Minderop, Mulder y Sweeney han partido para el vicariato apostólico del Alto-Nilo.

— He aquí los nombres de los misioneros Oblatos de Maria que marcharon en 1899. Para la América del Norte : á San-Bonifacio los RR. PP. Kulawy (diócesis de Breslau), Enck (Paderborn); á San-Alberto los RR. PP. Balthier (Namur), Seltmann (Breslau); á Mackensie, los RR. PP. Richler (Estrasburgo), Croisé (le Mans); á la Colombia británica, RR. PP. Wagner (Metz), Tavernier (le Puy); á Saskatchewan, R. P. Watelle (Cambrai); á Texas, R. P. Pescheur (Namur); Canadá, R. P. Brassard (Nicolet). — Para Ceylan : á Jaffna, R. P. Desloge (Nantes); á Colombo, RR. PP. Devise (Viviers), Croctaine (Nancy); Carty (Ferns). — Para Australia : RR. PP. Smyth (Dublin), Flynn (Meath). — Para Africa, á Natal, RR. PP. Manuel (Grenoble); Yenn (Estrasburgo); á l'Estado libre de Orange, RR. PP. Kempf (Wurtzburgo), Gutfreund (Estrasburgo); al Basutoland, R. P. Hoffmeyer (Paderborn); al Transvaal, RR. PP. Voltz (Estrasburgo) Schang (Metz); en Cimbébasia, R. P. Biegner.

— Il e aquí los nombres de los padres y Hermanos pertenecientes á la congregación de los Misioneros de la Saleta que salieron para las misiones en 1899. El mes de agosto con destino á Madagascar, los RR. PP. Dantin (Chambéry), Jos. Ruty y Cél. Gachet (Grenoble). El mes de Setiembre con destino al Alto Canadá (Assiniboia), los RR. PP. J. Morard (San-Juan-de-Maurienne) y Lattier (Grenoble). Antes con destino á los Estados-Unidos : los RR. PP. Vignon, Moussier, Guinet, Latour, Aloysius, Julien, Michel, J. Mossier, Deschand-Beaume, Deschaud-Blanc, Girard, Roux, Coset (Grenoble); Socquet (Annecy), Triquet (Chambéry) y Ant. Schmid (Suiza).

— El 15 Noviembre partieron de Amberes los RR. PP. Veys y Simpelaere, redentoristas de la provincia belga destinados á la mision de Tumba (bajo Congo).

— El 26 Noviembre último se han embarcado para Nagpore y Vizagapatam (Hindostan), los RR. PP. Bonnevie, de la diócesis de Annecy, vuelto á Europa á causa de su salud y Probst, Gangloff, Kientz, de la diócesis de Estrasburgo pertenecientes todos á la congregación de los Misioneros de San-Francisco de Sales (Annecy).

He aquí los nombres de los lazaristas que salieron últimamente para las misiones : para la provincia de Constantinopla, M. Luis Duthoit; para Syria, MM. Luis Dinet y José Aoun; para Persia, M. Eugenio Courandière; para China, MM. Claudio Chavanne, Cipriano Aroud Francisco Schraven; para Abisinia, MM. Bernardo Fortsman y Ernesto Hamon; para Madagascar, M. Emilio Brunel; para la América Central, MM. Juan-Maria Potier y Pedro Bruning; para el Brasil, MM. Simon Lumesi, Eduardo Van Gool, Osorio Braga y José Alvès; para Péru, M. Valentin Ampuero; para Chile, M. Eleuterio Leblond.

— Han partido al fin de 1899 para las misiones de Africa 16 religiosos de la congregación del Espíritu Santo y del Santo Corazón de Maria. El 21 de setiembre, para la Cimbebasia el R. P. Léon Pignol (Clermont), el 10 de Octubre, para Madagascar, el R. P. Alberto Thiénard (Châlons-sur-Marne); el 15 de Octubre, en Burdeos, para Oubanghi, el R. P. Pedro Bitauld (Rennes); el 20 de Octubre, en Burdeos, para al Senegambia, los RR. PP. Angel Renault (Nantes) y Francisco Lacas (Rodez).

— Se han embarcado en Marsella los jovenes misioneros de la Sociedad de las misiones extranjeras de Paris, cuyos nombres siguen : el 30 de Julio 1899 : MM. Rieu Juan (Rodez), para la Birmania meridional; Monbeig Teodoro (Bayona), para el Thibet; Pirot Enrique (Rennes) y Cacauld Teodoro (le Puy), para el Sutchuen oriental; Fortunato José (Digne) y Bacqué Cléry José (Auch), para el Kouy Tchéu; Lecouflet Enrique Francisco Eugenio (Coutances), para la Mandchuria meridional; Gerardo Edmundo (Paris), para la Mandchuria septentrional; Montel Joige (Châlons), para el Sutchuen occidental; Meng Juan (Rennes), para la Coréa; Chometon Eugenio (le Puy), para la Mandchuria meridional; Vignal Alfonso (le Puy), para el Thibet; Solignac Celestino (Rodez), para el Kouy-Tchéu; Boursès Luis-Francisco (Quimper), para la Mandchuria septentrional; Dury Luis (Lyon), para el Sutchuen occidental; Breton José (Tours), para Nagasaki; Herzog Alfonso (Estrasburgo), para la Birmania meridional; Le Guérel Juan Luis (Vannes), para la Mandchuria meridional; Sausseau Emilio (Luçon), para Malaca, Clemente Félix (Lión), para Pondichéry; Carton Mauricio (Beauvais), para Siam; Rochet Leon (Belley), para Pondichéry. — El 6 Agosto 1899 : MM. Verdeille Mauricio (Rodez) y Grisey Adolfo (Aix), para el Kouang-Tong; Coste Enrique (Rodez), para el Kouang-Si; Delagnes Alberto (Rodez), para la Cochinchina oriental; Figuet Pablo (Valence), para el Laos; Maunier Juan (Fréjus),



para la Cochinchina septentrional; David Pedro (Rennes), para el Cambodge, Marqué Luis (Saint-Brieuc), para el Kouang-Tong; Roucoules Carlos (Rodez), para el Tonkin occidental; Solvignon Juan Bautista (le Puy), para la Cochinchina oriental; Malaval Odilon (Mende), para el Laos; Reboton Juan-Maria (Chambéry) para el Tonkin occidental; Maria Luis-Léon (Bayeux), para Hong-Kong; Gatelet Pablo (Metz), para el Cambodge: Montagnon Julio (Viviers), para la Cochinchina septentrional; Delorme Juan-Claudio(le Puy), para el Kouang-Tong; Durand Luis (Rodez), para el Tonkin occidental; Chauvet Augusto (Coutances), para el Tonkin meridional; Gilles Julio (Orléans), para el Yun-Nan; Mercier Enrique (Poitiers), para el Laos; Vandaele Gustavo (Paris), para el alto Tonkin — El 19 de septiembre, han partido de Marsella: MM. Poirier Téofilo (Laval), para Pondichéry; Antonini José-Antonio (Chambéry), para el alto Tonkin; Castanier Juan-Bautista (Saint-Flour), para Osaka; Veyret Maria Luis (Mende), para el Maissour; Devred Emilio Alejandro (Cambrai), para la Coréa; Pointet Maria Luis-Arturo (Estrasburgo), para el Maissour; Duwez Raul-Pedro (Tournai), para el Tonkin meridional; Cosselin Juan-Bautista (Verdun), para Tokio; Dionisio Julian-José (Rennes), para el Tonkin meridional; Alberty Julio (Cambrai), para la Cochinchina oriental; Lavabre Augusto-Calixto (Rodez), para la Cochinchina septentrional; Escande Enrique José-Emilo (Rodez), para Pondichéry.

El Gerente, T. MOREL